

PUNTO

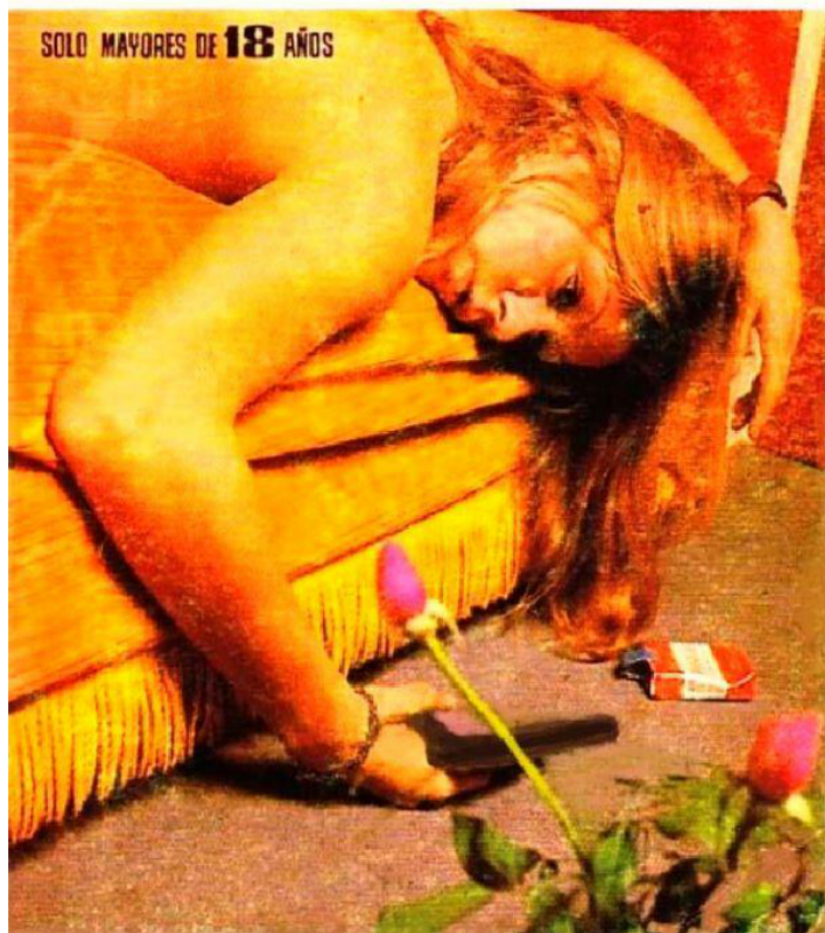
ROJO



¡LO SIENTO, MUÑECA!

Albert Rosbund

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

ALBERT ROSBUND

**¡LO SIENTO,
MUÑECA!**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 874
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 38.033 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1979

© Albert Rosbund - 1979

texto

© Three Lions - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

415. — Joyas y pistolas.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

354. — Intriga en Houston.

EN Colección PUNTO ROJO:

870, — Dólares rojos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.471 — Chinatown 77.

CAPÍTULO PRIMERO

El World Trade Center estaba de moda.

El WTC es el rascacielos más alto de New York y el segundo del mundo. Es una enorme mole de ciento diez pisos y cuatrocientos once metros de altitud situada hacia el sur de Manhattan, entre Lowery Broadway y White Hall. Para mayor detalle, un gigantesco rectángulo entre las calle West, Liberty, Trinity Place y Vesey.

Hacia unas semanas, creo que el veintiséis de mayo, un joven alpinista llamado George Willis había escalado la cara norte del rascacielos ante una abigarrada multitud de espectadores —curiosos, hombres de la información, policías, bomberos...—, que fue reuniéndose mientras él subía y subía, hasta llegar al final.

Más tarde, hacía una semana escasa, un tal Frank Hailey había emulado al muchacho, pero en sentido inverso y sin ninguna clase de aditamento alpino. Sin ni siquiera un modesto paracaídas. Frank Hailey se había lanzado al vacío, mirando hacia West Broadway y desafiando la ley de la gravedad. El resultado, por supuesto, había sido de lo más espantoso. Tras recorrer a plomo cuatrocientos once metros había quedado hecho un amasijo de huesos astillados y carne reventada sobre la calzada de Vesey Street. Todo fue tan rápido y sin avisar que no hubo testigos. Cuando se reunió todo el personal de siempre —curiosos, hombres de la información, policías, bomberos—, la tortilla ya la tenían a los pies, completamente servida.

Estos hechos los había leído en los periódicos y en mi mente quedaron archivados hasta el día que aquella preciosa rubia apareció por mi despacho.

Fue un lunes, justo una semana después de que Frank Hailey hiciera su última proeza.

Ella tenía los cabellos del color del oro, unos preciosos ojos aguamarina y unos labios gordezuelos y húmedos, el inferior un

poquitín sobresaliente, muy atractivo. Además tenía otras cosas: veintisiete años a lo sumo, un seno pujante y juvenil que casi se transparentaba gracias a la fina blusa veraniega, una cintura estrecha y unas caderas como las que esculpían aquellos griegos que hicieron época. Sus remos eran punto y aparte: nunca había visto unos tobillos tan finos, unas pantorrillas tan torneadas y esbeltas y unas rodillas tan redondas y perfectas, sin que el hueso sobresaliera haciendo de las suyas. A sus muslos no llegué, pero me prometí que llegaría... si es que se terciaba la ocasión.

Vestía de rojo y blanco, con las uñas de las manos, largas y manicuradas, esmaltadas en rojo. No me sorprendí cuando me dijo que se llamaba Melissa Hailey y que hacía una semana se había quedado viuda, porque mi capacidad de asombro la agoté hace bastantes años (y eso que sólo tengo veintiocho).

Nos dimos la mano y ella se sentó en una de las butacas de mi despacho, dejando el bolso que colgaba de su hombro sobre el suelo.

—Y bien, señora Hailey —abrí el fuego de la conversación—, ¿qué puedo hacer por usted?

Desde luego, yo tenía en mente algunas ideas personales a ese respecto, pero me pareció indecoroso decírselas, dado que no nos conocíamos y que estaba tan reciente su viudedad.

—Quiero que demuestre que la muerte de mi esposo fue un asesinato.

Me limité a enarcar las cejas.

—Y que encuentre a su asesino —agregó, cruzando las piernas de una manera harto sofisticada.

—Lo de su esposo, según lo que creo recordar, fue un suicidio, ¿no?

—Ésa es la conclusión que sacó la policía.

—Ya.

—Yo he insistido en que siguieran investigando, pero no me han hecho el menor caso.

—¿Han archivado el asunto?

—Sí. Según todas sus investigaciones, mi marido se encontraba solo en la terraza en el momento que se lanzó al vacío.

—Y usted piensa que alguien lo empujó, ¿me equivoco?

—En absoluto. «Alguien lo empujó».

—¿Por qué piensa eso, señora Hailey?

—Mi marido se comportaba de una forma normal, era un hombre equilibrado, había ciertos problemas en los negocios, pero no tenía por qué suicidarse. No, yo no creo que se suicidara.

—Pero si la policía ha hecho todo lo...

—Estoy segura que algo se les debe haber escapado.

—Bien, No vamos a discutir por eso. Usted paga, yo trabajo.

—Además, hay un punto Oscuro que no han podido esclarecer.

—¿Cuál?

—Mi marido tenía una cita ese día, el lunes.

—¿Con quién?

—Si lo supiera...

—¿Y cómo sabe lo de la cita?

—Fueron unas palabras sueltas que le escuche cuando hablaba por teléfono el sábado a mediodía.

—¿Qué más escuchó?

—Yo no espiaba a mi esposo, detective.

—Entiendo.

—Al pasar casualmente junto a él, oí que quedaba con su comunicante para el lunes, en el World Trade Center.

—Vaya. En el mismo lugar donde murió.

—Y donde trabajaba.

—Ah.

—Mi marido era el propietario de la industria de cosméticos «Mann & Hailey», que tiene sus oficinas en el World Trade Center.

—Entonces es más sencillo. ¿Qué visitas recibió ese día?

—Ninguna. Ya lo ha investigado la policía.

—¿Cómo es eso?

—La verdad es que no llegó a pisar su despacho, ni siquiera las oficinas.

—Ajá. Usted piensa que esa cita la tuvo al llegar al rascacielos.

—Más o menos.

—Y que la misteriosa persona que estaba citada con él, le acompañó hasta la terraza y lo empujó.

—Más o menos.

—¿No había gente en la terraza?

—Nadie.

—¿Y ninguna persona del rascacielos vio a su esposo esa

mañana?

—Las tres o cuatro personas que recordaron haberlo visto declararon que iba solo.

—Ya. Complicado asunto.

—Según las referencias que tengo de usted, es un buen detective privado...

—Yo no pongo en duda mi capacidad de trabajo, señora Hailey. Lo que ocurre es que, si realmente fue un suicidio, usted va a perder dinero y yo voy a hacer el tonto.

—Estoy convencida de que hubo algo más que un suicidio. Y yo le voy a pagar para que usted lo averigüe.

—Conforme. ¿Tiene usted algún sospechoso?

—No, nadie.

—¿Tenía enemigos su esposo?

—Que yo sepa no.

—¿Estaba metido en problemas?

—Bueno, sólo los de la industria de cosméticos... Por lo poco que sé, aún no he tomado el mando, no va todo lo bien que debía ir.

—¿Sus relaciones matrimoniales eran buenas?

—¿Qué quiere decir?

—Sólo lo que ha entendido usted.

—Bien, sí... Claro que sí.

—¿Algo más que agregar a todo lo que me ha dicho hasta ahora?

—No, creo que no.

—Es bien poco.

—Lo sé. Para el comienzo de sus indagaciones sólo le aportó dos cosas: mi intuición y la mención de esa misteriosa cita que tenía Frank aquel lunes.

—Haré lo que pueda, señora Hailey.

—Espero que eso signifique dar con el asesino de mi marido.

—Si lo hay, daré con él —le quise dar ánimos, aunque yo no estaba muy animado—. Respecto a sus honorarios...

—Un adelanto de quinientos, y al final del caso le pasaré la cuenta con todo detallado, y por supuesto restaremos el adelanto.

—De acuerdo.

Echó mano de su bolso y sacó una carterita. De ella extrajo cinco billetes de cien.

—El dinero vuela que da gusto —me comenzó al tiempo que me los alargaba—. Prácticamente he consumido todo el dinero que tenía en casa. Tendré que pasarme por el Banco...

Yo esboqué una sonrisa mientras me hacía cargo de los machacantes.

Ella se puso en pie, colocándose con mucho garbo el bolso al hombro. Sacó el busto hacia afuera y yo me humedecí los labios.

Nos estrechamos la mano por encima de la mesa y luego la acompañé hasta la puerta. —Ojalá no me defraude, señor Williams — me dijo volviéndose inesperadamente. Yo a punto estuve de tropezar con ella. Nuestros rostros quedaron muy cerca. Tanto que estuve tentado de abrazarla y besarla. Incluso de morderla.

Me contuve, carraspeé y dije:

—Nunca defraudo a las mujeres como usted.

Parece una frase cursi, pero no se me ocurrió decir otra cosa.

Abrí la puerta y a partir de entonces se hizo cargo de ella mi secretaria, Polly, que la acompañó hasta la salida de mi modesta oficina.

Cuando mi secretaria regresó. —Polly es una solterona de cincuenta años, muy ordenada y eficiente—, me preguntó:

—¿Ha aceptado, señor Williams?

Asentí con la cabeza.

Sonrió maliciosa y comentó:

—Hum. Pues ya veremos cómo termina...

Yo no lo sabía, pero si lo llego a saber...

CAPÍTULO II

Aquella misma tarde me puse a trabajar. Me trasladé hasta el World Trade Center, y más concretamente, hasta las oficinas de la «Mann & Hailey».

Nada más entrar noté que allí se respiraba un cierto olor fúnebre, Y al principio no supe por qué.

Me atendió una chica joven, rubia, bonita y pizpireta, Mamada Debra Riley, pero que no podía compararse con la rubia que yo había conocido unas horas antes. Debra Riley había sido hasta el momento la secretaria personal del difunto Frank Hailey.

Enseñé mi carnet de investigador privado y luego dije que había sido contratado por la señora Hailey. Eso hizo que las bocas se abrieran y yo pudiera saber algo más de lo que me había contado la rubia viuda.

Algo saqué en claro desde el principio: todo el mundo le tenía afecto al muerto. Era un hombre atento y amable, muy poco dado a la violencia, trabajador incansable y algo introvertido.

—Era un hombre muy correcto —me dijo la secretaria del Departamento de Ventas—. Siempre que una volvía de una enfermedad, se interesaba por la salud.

—Jamás le vi un mal modo —me dijo el jefe de Ventas—. Ni siquiera cuando lo insultaban.

—¿Alguien lo insultó? —me interesé.

—Bueno, sí.

—¿Quién?

—Tuvo unas rencillas con unos empleados. Cosas de sueldo y todo eso.

—¿Qué empleados?

—Un tal Jim Mahoney. Y Otro tal Buck Castle... Pero ninguno de ellos está ya aquí —se adelantó a mi siguiente pregunta.

—¿Los despidieron?

—Se fueron ellos.

—¿Saben sus direcciones?

—Posiblemente el jefe de Personal las tenga.

—Gracias.

El jefe de Personal me comentó:

—Frank Hailey nunca se agotaba. Cuando se enfrascaba en el trabajo, nunca se agotaba.

Y eso que ya no era ningún jovencito.

—¿Sí? —recordé que no sabía la edad del difunto—. ¿Qué edad tenía?

—Rondaba los cuarenta y cinco.

No pude evitar el silbar tenuemente. Me acordé de la rubia Melissa, hice cuentas y me salió que ella muy bien podía haber sido su hija. Para un matrimonio así debía haber mucho amor, según mi opinión.

A continuación le pedí las señas de Jim Mahoney y Buck Castle, no tuvo inconveniente en revisar sus archivos y al final las encontró. Tomé nota.

—El señor Hailey era un hombre bastante metido en sí mismo —me explicó más tarde el jefe de Laboratorios—. Ahora bien, cuando se le daba pie, o tomaba confianza, era un gran conversador. Y siempre demostraba su amplio bagaje cultural. Daba gusto charlar con él.

—¿Habló con él los días anteriores a su muerte?

—Sí, por supuesto. Todos los días cambiábamos impresiones.

—¿Notó algo extraño en él?

—No sé... Tal vez se comportara más reconcentrado que nunca...

—Sí —convino Debra Riley—. Así era. Se le veía muy ensimismado.

—Pero hasta cierto punto eso era lógico...

—¿Por qué?

—Eso mejor se lo responderá el tenedor de libros —me contestó ella.

El tenedor de libros era un hombre bonachón y afable, que dijo llamarse Carson y al cual le faltaban meses escasos para la jubilación.

—Es el empleado más antiguo de la «Mann & Hailey» —me dijo

Debra Riley.

Carson sonrió con su dentadura postiza al tiempo que estrechaba mi mano.

Me proporcionó una serie de datos que apenas ya recuerdo, salvo que los números rojos danzaban por todas partes.

—Las cosas van mal, ¿eh?

—Más que mal. Pésimas.

—¿Cómo es eso?

—Una mala política industrial. Si no ocurre un milagro, esto va a acabar en quiebra. ¿No ha notado el mal ambiente que se respira entre los empleados?

—Sí.

—Todos ellos presienten el final. Unos están buscando nuevos empleos y otros están consultando a abogados laboralistas.

—Comprendo.

—A pesar de la buena voluntad y el tesón del señor Hailey, hombre cabal donde los haya, este negocio ha ido para abajo desde la falta del señor Mann...

—¿El señor Mann?

—El Mann de

«Mann & Hailey».

—Pero yo tenía entendido que esto era sólo de Frank Hailey.

—En electo. Desde la muerte de Peter Mann.

—A ver, explíquese.

—Es muy sencillo. Este negocio pertenecía a dos hombres, Peter Mann y Frank Hailey, de ahí el nombre de la industria. Desgraciadamente, hace cuatro años, Peter Mann pereció en el incendio de las antiguas oficinas, sitas en Warren Street, no muy lejos de aquí. Como no tenía familia y además había un testamento común según el cual si una de las partes fallecía, el negocio pasaba a ser propiedad exclusiva de la otra parte, Frank Hailey se encontró de la noche a la mañana como dueño absoluto de la industria de cosméticos

«Mann & Hailey».

En recuerdo del buen amigo y socio decidió no cambiar el nombre.

—¿Y... y aquello fue realmente un accidente? Me refiero al incendio.

—¡Claro que sí, señor! ¿Qué está usted pensando?

—Bueno, dada mi actividad profesional soy muy dado a pensar en cosas raras.

Extravagancias de detective privado, ¿entiende?

—Hum.

El hombre me miró con cara de pocos amigos y yo le di unas cuantas explicaciones más.

—Comprenda que es lo clásico: dos socios, uno muere y el otro se queda con todo.

—Frank Hailey no pudo ser capaz de una cosa así. El y Peter Mann se querían como hermanos.

—Bueno, olvidemos eso. Era un simple comentario. No tiene tanta importancia.

El viejo Carson contestó al resto de mis preguntas de una forma un tanto agria y desde luego no nos despedimos como amigos. Que yo hubiera puesto en tela de juicio la honradez de Frank Hailey no le había gustado.

Ya por los pasillos de las oficinas, le pregunté a mi gentil acompañante:

—¿Se le ocurre a usted algo más que contarme que pueda ser de interés para mí?

—No sé qué decirle... No hay mucho que contar acerca de Frank Hailey. Para todos fue una gran sorpresa su suicidio.

—¿Lleva usted mucho tiempo trabajando aquí?

—Dos años.

—¿Los dos como secretaria personal de Frank Hailey?

—Sí.

—¿Y últimamente no observó nada raro en él, algo que llamara su atención?

—Creo que se lo dije antes. Se le veía más reconcentrado aún si cabe. Preocupado Sólo eso.

—Ya.

—Imagino que no pudo soportar la próxima quiebra.

—Ése es el pensamiento general, ¿no?

—¿Qué otro puede haber? La policía también dedujo lo mismo. Frank Hailey era un buen hombre y no tenía enemigos. Dado su carácter, su manera de ser, no es del todo extraño que se suicidara.

—¿Y qué me dice de esa misteriosa cita que tenía el lunes que murió?

—Que no sé absolutamente nada. Es algo que sacó a luz su esposa.

—Sí. Ella me lo contó.

—Desde luego, si esa cita es verdad...

—¿Por qué no va a serlo?

—Bueno, yo... —Se azoró.

—Adelante con lo que iba a decir.

—Iba a decirle que, desde luego estoy convencida que esa cita no tenía nada que ver con el trabajo. De ser así, tenga por seguro que lo hubiera sabido. Toda esta clase de asuntos pasaban por mí.

—¿Tenía alguna cita para ese día?

—Dos.

—¿Con quién?

—Una con Karin Herzog y otra con Jack Diamond. La primera para antes del almuerzo y la segunda para después. Como sabrá, Frank Hailey se suicidó mucho antes. Parece ser que cuando llegó aquí, al World Trade Center, se dirigió directamente a la terraza y...

—¿Puede facilitarme las direcciones de esas dos personas?

—Bueno, sí; pero...

—¿Qué?

—La policía ya habló con ellas...

—Tal vez a mi tengan algo nuevo que contarme.

—Esas citas las consiguieron a través de mí, señor Williams. Mientras que la cita de la que habla la señora Hailey se realizó el sábado, día libre, entre mi jefe y... vamos a llamar «X».

—Por eso que era día libre, cabe pensar que una de esas personas quisiera cambiar la hora de la cita y por tanto telefonara a su casa al señor Hailey. Y de resultas de la conversación, adelantarán la hora de la cita.

—Ninguna de esas dos personas declaró algo por el estilo. Además, ¿qué razón habría para ocultarlo?

—Mire, señorita Riley... porque no es usted casada, ¿verdad?

—No.

—Ocurre que estoy en los comienzos de la investigación y tengo que agarrarme a cualquier cosa, por muy oscura o clara que parezca. Cuando sepa algo empezaré a contestar a sus preguntas.

—Perdone si le he molestado.

—En absoluto.

—Está bien. Vayamos a mi despacho y le daré esas direcciones que quiere. Fuimos y yo tomé nota en mi libretita de los datos que me facilitó.

Luego ella me acompañó hasta la salida y al estrecharnos la mano inquirió:

—¿Puedo hacerle una última pregunta, señor Williams?

—Sí.

—¿Qué investiga usted realmente?

—Saber si la muerte de Frank Hailey fue verdaderamente un suicidio. La señora Hailey, mi cliente, dice que no, que se trata de un asesinato.

CAPÍTULO III

El martes fue un día bastante deplorable, si quitamos su parte final.

Después de desayunar me lancé a la calle y emprendí mis pasos hacia el East Village.

No tengo coche porque el tráfico rodado de esta ciudad del demonio que algún dios confunda me saca de quicio (no sé por qué vivo en ella, pero supongo que debe ser porque en algún lugar hay que subsistir con los años que te tocan en la lotería de la vida), así que siempre me las arreglo con las patas, el metro o el autobús.

Como yo vivo en Gramercy, en la esquina de Irving Place y East 17th Street, un poco al norte de East Village, pero no muy lejos, empleé las patas para trasladarme hasta la dirección que me habían dado de Jim Mahoney. 238 East 9th Street.

Se trataba de un edificio más o menos encajonado entre Second Avenue, y Stuyvesant Street. La visita fue rápida y poco sustanciosa, salvo la nota picaresca del conserje. —¿Jim Mahoney?—. Sí.

—Ya no vive aquí.

—¿Sabe dónde lo puedo encontrar?

—No sé...

Le mostré unos billetes de a dólar y supo.

—Ah, sí... —Se hizo la luz en su cerebro—. Dijo que se iba a Pennsylvania.

—¿A Pennsylvania?

—Sí, amigo —atrapó por fin los billetes—. A trabajar en el acero.

—Vaya contrariedad.

—De eso hace ya seis meses por lo menos. Recibió por carta un ofrecimiento de un amigo suyo que trabaja en una empresa siderúrgica de Pittsburgh.

—Está bien. Gracias.

—Vuelva cuando quiera —rió ladinamente.

Di media vuelta y salí de allí.

El otro, Buck Castle, vivía en el Harlem, en la West 120th Street, entre St. Nicholas Avenue y Morningside Avenue. La boca de metro más cercana era la de Astor Place, pero por allí sólo pasaba el *subway* de la IRT, que de ningún modo lleva a Harlem. Así que por Lafayette Street bajé hasta la parada de Bleecker Street y allí tomé el *subway* de la IND.

Fue un paseo bestial, cruzando casi todo Manhattan, pero en plan subterráneo, que no tiene nada de turístico. Abandoné el metro en la parada de la Eighth Avenue y West 116th Street, ya en pleno Harlem. Sólo tuve que andar unas cuatro manzanas para llegar a la dirección que yo buscaba.

Aquel día, no sé por qué razón, no habían recogido las basuras y la calle apestaba. Unos chiquillos correteaban entre la mierda reconstruyendo el crimen de Martin Luther King.

De pronto, un autopatrulla pasó por allí y los niños volvieron sus imaginarias pistolas hacia él chillando «¡Bang! ¡Bang!».

Al edificio donde vivía Buck Castle se llegaba salvando unas viejas escalinatas. Luego empujé una puerta desvencijada y entré en un pequeño vestíbulo que olía a rancio.

No vi a nadie y por ello me acerqué al panel de los buzones.

Encontré a Buck Castle. Puerta 8.

Subí los peldaños poco a poco y al llegar al segundo piso me encontré con una pareja de color que, muy apretujados, se besuqueaban en el rellano. Pasé indiferente junto a ellos y cuando comencé de nuevo, a subir peldaños, oí a mi espalda un largo quejido. Ladeé la cabeza y entonces comprendí lo que hacía aquella pareja de jóvenes negros. Seguí hacia arriba.

Cuarto piso; puerta ocho.

No había botón de timbre. Golpeé con los nudillos de mi mano derecha.

Pasaron unos segundos y nadie acudió a abrir. Volví a llamar.

Como no obtuve ningún resultado, opté por tocar en la puerta de enfrente.

Al momento quedé encarado a una negra, negraza, gordinflona y rematadamente fea.

—¿Qué se le ha perdido, blanco?

—Busco a Buck Castle.

—Es esa puerta —me señaló.

—Lo sé.

—Entonces parece tonto.

—Nadie me contesta y quiero saber si...

—Si nadie le contesta es que no están. Espere o lárguese.

Y me cerró la puerta en las narices.

Encendí un cigarrillo para templar los nervios y me quedé unos instantes contemplando la puerta de la negra gordinflona y rematadamente fea. Según mi opinión se merecía un guantazo bien dado, pero lo dejé pasar no fuera a ser que con él le hiciera un favor y le arreglara la cara.

Decidí esperar el tiempo que tardara en consumir el pitillo.

Antes de que esto ocurriera escuché pasos que subían y al poco quedé frente al muchacho negro que hacía lanzar quejidos a la muchacha negra.

—Hola —me saludó, risueño.

—Te falta un botón —le dije.

—Je —rió, y dejó la bragueta bien abrochada.

Me hice a un lado para que pasara y siguiera subiendo la escalera.

Se quedó quieto.

—¿Vives en uno de estos dos pisos?

—Ujú.

—Eres muy escueto, muchacho.

—Estoy cansado —soltó un resoplido.

—Claro. ¿En cuál vives?

—En éste.

Era el de Buck Castle.

—Vaya casualidad. Yo busco a quien vive aquí.

—¿Sí?

—Sí. A Buck Castle. No serás tú, ¿verdad? —bromeé.

—Yo soy.

—Oh, no puede ser.

—Buck Castle, Jr.

—Ajajá.

—¿Para qué busca a mi padre?

—He de charlar con él.

—A mi padre no le gusta charlar con blancos.

—¿Ah, no?

—Dice que ya tiene bastante con tener que trabajar para ellos.

—¿Y tú qué dices?

Se encogió de hombros.

—¿Cuándo regresa tu padre? ¿Viene a almorzar?

—No. Hasta la hora de la cena no aparece por aquí.

—No contaba con eso.

—Mi padre no para. Es un pluriempleado. De un trabajo va a otro. Cuando viene por la noche cena y se acuesta, exhausto.

—¿Y tu madre?

—Andará trotando por la calle. Tal vez venga, tal vez no.

—¿Por qué no pasamos dentro y seguimos charlando?

—No tengo llave.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, antes me la dejaban, pero un día me pescó mi madre con una chica ahí dentro y. Bien, decidieron dejarme sin llave para que no utilizara el piso para «esas cosas», como las llaman ellos.

—Pero por lo que me has dado a entender antes...

—Oh, sí, mi madre le da a «esas cosas», claro; pero tiene una razón: es para comer. Lo mío, como no produce, y caso de que produjera, sólo produciría problemas, es mal visto.

—Y tú te apañas como puedes.

—La escalera no es mal sitio —rió enseñando toda su dentadura—. Además, así vas cambiando de posturas y sitios.

—Estupendo —suspiré, arrojando el cigarrillo al suelo y pisándolo.

—¿Es algo urgente o importante lo de mi padre?

—Bueno, no lo sé...

—¿Como no lo sabe?

—Se refiere a un trabajo que tuvo en las oficinas de la «Mann & Hailey»...

—¡Su propietario se lanzó hace unos días desde el World Trade Center! —exclamó interrumpiéndome.

—Así es.

—Ese día mi padre compró una botella de *whisky* y brindó por la muerte de otro gran cerdo blanco —sonrió—. Es como llama a los hombres blancos ricos o poderosos.

—Lo celebró, ¿eh?

—Sí, sí. Lo recuerdo muy bien porque me dejó beber medio vasito de *whisky*. El alcohol también me lo tienen prohibido y sólo me lo dejan probar en ocasiones especiales, aunque yo por mi cuenta me doy algún que otro latigazo de vez en cuando por ahí.

—Eres un pillo, muchacho.

—Mis padres quieren que sea un hombre de provecho, pero en este barrio hay demasiadas tentaciones para que yo salga así.

—Volviendo a las oficinas de la

«Mann & Hailey»...

Tengo entendido que tu padre se fue de allí.

—Sí.

—¿Por qué?

—El sueldo era malo y encima estaba rodeado de blancos por todas partes. Según palabras textuales de mi padre: «aquello era un asco».

—Entiendo. ¿Odiaba tu padre a Frank Hailey?

—Ése es el tipo que se suicidó, ¿no?

—Sí.

—¿El dueño de la...?

—Sí.

—¿Y por qué le interesa saber si mi padre lo odiaba?

—Porque es mi trabajo.

—Oiga —respingó—. ¿Quién diablos es usted? ¿No será un poli?

—Sólo un detective.

—¿Detective de policía?

—Detective privado.

—Ya. ¿Y por qué le interesa eso?

—Te lo he dicho: es mi trabajo.

—No me gusta su trabajo.

—¿Vas a contestar a mi pregunta?

—Deme un pitillo.

—Toma.

Luego le ofrecí la llamita de mi encendedor.

—Nunca me había dado fuego un blanco —comentó con los ojos brillantes, lanzando la primera bocanada de humo contra mi rostro.

Aguanté.

—¿Vas a contestar a mi pregunta?

—Por supuesto que sí. Supongo que mi padre lo odiaba, como odiaba a todos los tipos así. Y los sigue odiando. Es cuestión de bandos. El de abajo odia al de arriba porque siempre lo está pisoteando y el de arriba odia al de abajo porque siempre se está rebelando.

—¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Dieciséis.

—Hum.

—Tenga en cuenta que tener dieciséis aquí es como tener treinta en Park Avenue, pero sin *smoking*.

Le pegó otra calada al cigarrillo y se me quedó mirando muy sonriente.

—¿Desde que abandonó su trabajo en la «Mann & Hailey» oíste a tu padre insultar o maldecir al señor Hailey?

—Mi padre sólo maldice cuando está borracho, y en esos instantes sólo se acuerda de Dios... si es que hay algún dios. Además, si mi padre tuviera que maldecir a cada jefe que le ha tenido a sus órdenes, mi padre aún estaría ahí dentro voceando —señaló la puerta de su casa.

—Ya veo.

—¿Defraudado?

—¿Recuerdas lo que hizo tu padre el lunes que murió el señor Hailey?

—Ni idea. Pero ¿a qué viene tanto interés?

—Es mi trabajo.

—Oiga, ¿por qué no cambia de respuesta? Ésa ya me la sé de memoria.

—Bien, muchacho. Lo cierto es que estoy realizando una investigación acerca de la muerte de Frank Hailey por orden de su esposa.

—¿Acaso no fue un suicidio? —Perdió la sonrisa.

—Eso estoy tratando de averiguar.

—Entonces... —Frunció el ceño—, entonces ¿usted piensa que mi padre pudo matarlo?

—Es una posibilidad.

Dejó caer el cigarrillo al suelo y lo pisoteó. Alzó la mirada. De pronto, rompió a reír.

—¡Usted está loco, detective! —exclamó—. ¿Mi padre un

asesino? ¡Eso sí que tiene gracia!

—¿Por qué?

—Por tres razones. Primera: mi padre, con todos sus pluriempleos actuales, no tiene tiempo ni para matar. Segunda: ¿no cree que hubiera llamado la atención un pobre y miserable negro en la terraza del World Trade Center? Y tercera: mi padre sufre de vértigo y con toda seguridad se hubiera, mareado o hubiese acompañado al tal Hailey en su viaje final. No, detective blanco. Ésta no es la puerta que usted busca. Investigue en otro lado.

Almorcé en Central Park y luego me fui paseando hacia la dirección de Karin Herzog.

Ella vivía en Yorkville, como casi todos los alemanes. Debía ser alemana, o al menos de origen alemán.

Habitaba en un bloque de apartamentos de la East 84th Street, muy cerca del cruce con la Second Avenue.

El conserje me dio vía libre y yo subí, gracias al ascensor, a la planta doce.

Me abrió la puerta 12D una mujer madura, de pelo castaño, piel muy blanca y ojos claros. Se cubría con un vestido veraniego, más juvenil de lo que ella era.

—¿Sí? —Y sólo con pronunciar estas dos letras noté su acento germano.

—Busco a la señora Karin Herzog.

—Yo soy. ¿Quién es usted?

—Me llamo Giant Williams y soy detective privado —le mostré mi licencia.

Me miró con mucha curiosidad, como si yo fuera un pájaro raro.

—Desearía hablar con usted... si es tan amable de concederme unos minutos.

—Oh, ahora tengo la visita de unos amigos...

—Entiendo. ¿Cuándo podría ser?

—Bueno, si es algo urgente...

Para mí lo es.

—Está bien. Pase.

Lo hice. Oí el rumor de unas conversaciones en un idioma distinto al mío. Ella me llevó hasta una pequeña y coqueta salita donde apenas cabíamos los dos. Corrió los visillos de la ventana y un fuerte chorro de luz inundó la pieza.

—Disculpe un momento.

La disculpé y ella desapareció de mi vista.

Me entretuve observando los muebles hasta que regresó junto a mí.

Me ofreció una de las butaquitas, y ambos tomamos asiento.

—¿Y bien, señor Williams?

—Se trata de Frank Hailey, señora Herzog.

—Oh.

—Usted tenía una cita con él aquel día, el día que murió, ¿no es así?

—En efecto. ¿Qué ocurre? Creo que lo expliqué todo bien claro a la policía...

—No lo pongo en duda, pero... Quisiera saber si usted habló por teléfono con él el sábado por la mañana.

—No. Concerté la entrevista con su secretaria el viernes, y eso fue todo. Cuando el lunes llegué a la hora prevista, me encontré con la gran y desagradable sorpresa.

—¿Cuál era su relación con Frank Hailey? —pregunté, un tanto decepcionado. Realmente yo no estaba muy convencido de que lo de Frank Hailey hubiera sido un asesinato, pero lo de la llamada telefónica del sábado, si de verdad había existido, debía tener una explicación. Y me extrañaba que la policía no hubiese dado con ella.

—Eso es muy largo de contar, señor Williams. En síntesis le diré que yo soy la delegada representante de una importante firma de cosméticos europea. Uno de los productos que la «Mann & Hailey»

acababa de lanzar al mercado era idéntico a uno de los nuestros. La cita con el señor Hailey era el último intento de llegar a un acuerdo cordial, porque mi casa ya me había dado carta blanca para iniciar el pleito si era preciso.

Di una cabezada de entendimiento y luego me puse en pie. No había más que hablar.

Para mí estaba claro. Esto era otra prueba más a favor del suicidio.

Ella también se levantó.

—Lamento haberla molestado, señora Herzog —dije, tendiéndole mi diestra en señal de despedida.

—Oh, no es nada.

Me acompañó hasta la puerta y poco después me encontraba deambulando por la East 84th Street.

Mi siguiente objetivo era un tipo llamado Jack Diamond, el cual, según mis notas, vivía en Park Avenue nada menos, en el East Side. Como no estaba lejos de donde me encontraba, continué caminando hacia abajo.

El lujoso edificio se encontraba cerca del Hunter College, a la altura de la East 68th Street.

Un muchacho uniformado me acompañó en el ascensor evitándome el penoso trabajo de pulsar el botón de la planta quince. Nunca he comprendido esta clase de servicios, salvo en los asilos para ciegos o mancos.

Cuando pulsé el botón de llamada de la puerta, sonó casi toda una pieza musical. Al cabo de ella, apareció una doncella joven, bonita y como yo creo que debían vestir las doncellas: es decir, con minifalda y un escote hasta el ombligo. No llevaba la clásica cofia y en cambio sí lucía la clásica sonrisa de chica de anuncio.

—¿El señor Diamond? —pregunté.

—¿Quién es usted y qué desea, señor? —me preguntó ella como respuesta.

—Me llamo Grant Williams y quiero hablar con él de un asunto... particular.

—Oh, entiendo, señor Williams —me sonrió dulcemente.

Yo me dije que era imposible que con un cuerpo como el suyo, también la Madre Naturaleza le hubiese dado dotes de adivina.

—¿Sí? —dije por decir algo.

—Ha venido usted demasiado pronto, señor Williams. La partida comenzará más tarde. Aún no han llegado los demás y el señor Diamond está descansando.

Fruncí el ceño.

—Si no tiene nada que hacer, puede pasar y esperar. Yo le serviré alguna bebida.

Le tomé la palabra y pasé. Me acomodó en un amplio y costoso salón, decorado a todo tren. Por último me preguntó qué quería beber.

Pedí un *whisky* con hielo.

—¿Le gusta la música, señor Williams? —me preguntó al

entregarme el vaso.

—Sí, claro.

—Aquí tenemos hilo musical. Ahora lo pondré.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

—Lo irá comprobando conforme venga más veces por aquí —de nuevo me sonrió dulcemente— porque ésta es su primera vez, ¿verdad?

Asentí.

Ella fue a poner en marcha el hilo musical y yo bebí un sorbo.

La música y la voz de Bob Dylan llenaron la pieza.

—¿Está bien, señor Williams?

—Sí, gracias. Ahora quisiera algo más.

—¿Qué?

—Ver al señor Diamond.

—Ya le dije que...

—A mí me importa un bledo que los demás no hayan llegado, que la partida sea más tarde y que el señor Diamond esté descansando.

—¡Pero usted...!

—Yo soy un detective privado que quiere un poco de conversación con el señor Diamond, chica lista.

—¡Oh, no!

—Oh, sí.

—¡Váyase de aquí!

—El lugar es confortable y el *whisky* está muy bueno, ¿por qué me voy a ir?

—Llamaré a...

—¿A la policía? No creo que lo que aquí se cuece le guste a la policía, nena. ¿Por qué no llamas al señor Diamond? —la empecé a tutear.

Ella me miró furibunda, sin saber cómo reaccionar.

Anda, avísale, por favor.

Por fin dio media vuelta y salió del salón. Pasaron un par de minutos, que yo aproveché para consumir el *whisky* con hielo.

Jack Diamond era un hombre un poco mayor que yo, alto, de buen porte, incluso guapo diría yo. Apareció ante mi envuelto en un batín de seda, con la mano derecha metida en el bolsillo de éste.

—Voy desarmado —le dije como frase de presentación porque

ya presentía la clase de tipo que tenía enfrente. Pero era mentira: un revólver calibre 38 iba adosado al cinturón en mi costado izquierdo.

El dueño del piso se limitó a hacer una mueca y se acercó Un poco más a mí.

—¿Qué busca? —me preguntó sin sacar todavía la mano del bolsillo del batín.

—Ya se lo he dicho a la chica... Una chica estupenda, ¿eh, amigo?

—¿Qué busca? —repitió, y en su voz noté matices poco agradables para mí.

—Deseo hablar con usted.

—Yo no tengo el gusto de conocerle.

—Grant Williams, detective privado.

—Sigo sin conocerle.

—Hombre, si nos ponemos así, yo tampoco le conozco a usted.

Se me quedó observando unos instantes y yo agité el vaso, haciendo tintinear los hielos.

Al fin sacó la mano del bolsillo del batín, vacía, y tomó asiento frente a mí.

—Está bien, señor Williams. Dejemos de jugar a los despropósitos y acabemos esto de una vez. ¿Qué quiere?

Me dejé caer sobre el respaldo de la confortable butaca y dije:

—Quiero saber cuál era su relación con Frank Hailey.

—¡Frank Hailey! —Respingó.

—Eso he dicho. ¿Acaso he nombrado al diablo?

—¡En el infierno esté...!

—¿Por qué?

—Olvídelo. Asuntos personales.

—Precisamente eso es lo que quiero saber. Usted tenía una cita con él el día que murió...

—Cierto.

—Pero cuando llegó, el señor Hailey ya se había hecho picadillo.

—Así es.

—¿No le llamó usted el sábado anterior?

—¿Yo? No, no...

—¿Tal vez le llamó él?

—Tampoco.

—¿Cómo se puso en contacto con él?

—El viernes le telefoneé. Se puso su secretaria, pero yo exigí hablar personalmente con él. La conversación no fue... bueno, el resultado es que quedamos para hablar cara a cara el lunes, en sus oficinas.

—Ahora le vuelvo a repetir lo de antes: ¿cuál era su relación con Frank Hailey?

—No entiendo a qué viene todo esto, señor Williams. Ya me está usted cansando. Las explicaciones se las di a la policía y no veo por qué debo...

—He sido contratado por la señora Hailey para investigar más a fondo la muerte de su esposo.

—¿Por qué? —Enarcó una ceja.

—Ella piensa que fue un asesinato.

—¿Asesinato?

—¿Cómo se sorprende usted? No es una palabra tan rara. Mientras existan tipos que lleven pistolas escondidas en los bolsillos, el asesinato siempre será posible. ¿No le parece a usted, «señor» Diamond?

Jack Diamond forzó una sonrisa y se removió inquieto en su asiento.

—¿Va a contarme qué hilazón le unía a Frank Hailey? —insistí.

—Ya se lo dije a la policía: yo le había hecho unos préstamos, los pagarés habían caducado y él no me había reembolsado el dinero.

—Ajá.

—Eso es todo.

—«Ésa es la historia para la policía». Ahora quiero la otra. La auténtica.

—No le entiendo.

—Le adelantaré que su doncellita se fue algo de la lengua conmigo. ¿No se lo dijo?

—¿Qué quiere decir?

—Me confundió con un tipo que venía a jugar una partida.

Jack Diamond palideció ostensiblemente.

—Veo que me entiende. Usted y yo podemos llegar lejos, amigo Diamond.

—Señor Williams, le ruego que...

—Me iré cuando sepa la verdad —le interrumpí.

El se puso en pie y de nuevo introdujo la diestra en el bolsillo del batín.

—No irá a ponerse desagradable, ¿verdad? ¿Qué dirán sus honorables amigos de partida si me encuentran hecho un pingajo o un fiambre?

—Lárguese, Williams —masculló, amputándome el apelativo de señor. Noté un estremecimiento en el bolsillo del batín y me lo imaginé apretando fuertemente la pistola que allí debía llevar.

—No sin antes saber lo que había entre Hailey y usted. Cuanto más pronto lo sepa, más pronto me iré. Apuesto a que no le gustaría que me vieran sus amigos de partida.

Jack Diamond se humedeció los labios con la lengua y vaciló, no sabiendo qué hacer. Yo me mostraba muy sereno y muy seguro de mí mismo, y hasta el momento no me había movido una pulgada del asiento.

—Si quiere —le dije—, yo le ayudo a comenzar la historia. Ya me la estoy imaginando. Usted es un jugador empedernido que ha logrado introducirse entre la gente bien de Park Avenue y Central Park. Ha montado este piso pistonudo, con hilo musical, doncella atractiva y todo aquello que le pueda hacerse sentir como en su casa a uno de esos tipos ricachones. Usted organiza para ellos partidas de dados, póquer, y todo lo que se tercie. Ellos disfrutan y usted se embolsa unas buenas ganancias. Ahora bien, ¿qué pinta en todo esto Frank Hailey? Haga el favor de contestarme porque no quiero seguir adivinando.

—Usted es un deslenguado, Williams —me espetó, rabioso.

La lengua me la dieron para hablar, comer y besar, ¿qué quiere que le haga?

—No vivirá mucho.

—¿Lo ha visto en su bola de cristal? Vamos, dejémonos de frases estúpidas y vayamos al grano. ¿Qué ocurría con Frank Hailey?

—Me debía dinero —confesó, ablandándose algo.

—Eso ya me lo dijo.

—Me debía dinero... por el juego.

—Ajá. Eso está mejor. Así que Frank Hailey era uno de los tipos que frecuentaba este piso, ¿eh?

—Sí.

—¿Cuánto le debía?

—Veinte mil dólares.

Lancé un silbido.

—Eso demuestra que realmente le va muy bien el negocio, Diamond —le quité yo también el apelativo de señor.

—Como vaya a la policía con el cuento... —Arrastró las palabras en tono amenazante.

—Oh, no se preocupe. Ése no es mi asunto. Puede seguir ordeñándolos.

—Bien. Ya lo sabe, Williams. Ahora lárguese con viento fresco.

—Por cierto, me queda una pregunta ingenua...

—Escúpala.

—Usted no lo mató, ¿verdad?

—¿Cree que yo tengo pinta de tirar veinte mil dólares al vacío?

—No, creo que no.

Me puse en pie, dejé el vaso sobre una mesita y me fui de allí sin despedirme. No era tonto y recordaba el camino hacia la puerta. La doncellita de la minifalda y el escote hasta el ombligo no se cruzó en mi camino. Una lástima.

Cuando pisé Park Avenue, me sentí completamente despistado. El caso que llevaba entre manos hacía agua por todos lados. Había un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que Frank Hailey se hubiera suicidado. El uno por ciento restante lo dejaba para la misteriosa llamada telefónica del sábado, que a lo mejor no era tan importante como mi cliente la consideraba. En fin, yo ya lo había pronosticado: ella iba a perder el dinero y yo iba a hacer el tonto.

Desde un teléfono público llamé a mi oficina y Polly me comunicó que no había ninguna novedad y que en ese momento iba a echar el cerrojo hasta el día siguiente. Le dije que bien y colgué.

Salí a la Lexington Avenue y tomé el autobús M 101, bajándome en la Third Avenue, muy cerca de casa.

Caminé dos manzanas y cuando iba a entrar en el portal, un hombre que fumaba distraídamente me preguntó:

—¿Es usted Grant Williams, el detective privado?

Le dije que sí.

Se trataba de un tipo alto y atlético, de mirada profunda. Vestía un bien cortado traje de chaqueta y respiraba salud por los cuatro

costados.

—¿Quién es usted? —agregué.

Me llamo Galloway.

—Muy bien. ¿Qué quiere?

—Darle un consejo de amigo.

—Hombre, eso es precisamente lo que me hacía falta antes de irme a la cama.

—Lo imagino. Debe haber tenido un día muy agotador y muy frustrante.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo sé lo que a usted le conviene.

—¿Ah, sí?

—Le aconsejo que deje el asunto que lleva entre manos, Williams.

—¿Qué asunto? Son tantos los que llevo...

—Vaya, es usted un detective con éxito.

—No se lo puede imaginar.

—Me refiero al de la viuda Hailey.

—Ajá.

—Es un asunto perdido. Frank Hailey se suicidó y no hay vuelta de hoja.

—Lo dice muy seguro.

—Porque es la verdad.

—¿Qué le parece si me dice quién le ha dado vela en este entierro, Galloway?

—La empresa para la que trabajo.

—Así pues, usted es un mero emisario.

—En realidad, soy un colega suyo.

—No me diga. ¿Es usted detective?

—Soy detective de seguros. Mi empresa es la

«Good-bye
Insurance».

Al oír este nombre quedé muy pensativo. Por mi mente cruzaron ideas que no me gustaron nada.

—¿Cómo supieron que yo trabajo para la viuda Hailey?

—Tenemos clientes y amigos en la «Mann & Hailey». Uno de ellos nos lo dijo.

—El chivato de turno.

—Llámelo como quiera —se encogió de hombros.

—Y su empresa le ha enviado para que me aconseje que deje el asunto y no vaya haciendo el ridículo por ahí, porque la cosa está más clara que el agua.

—Exactamente. La policía realizó una investigación total. No hubo crimen.

—Mi cliente no piensa así.

—Su cliente está completamente obsesionada por el dinero del seguro. De eso soy testigo. La hemos tenido que soportar pacientemente.

—¿El dinero del seguro?

—Je —sonrió—. Así que no le dijo nada de ello, ¿eh?

—No. Pero de todas formas, ella es muy libre de contratarme y yo puedo...

—Sé, sé lo que va a decirme, Williams. Pero nosotros también queremos decir algo. Su cliente desea a toda costa que la muerte de su esposo sea declarada como asesinato, y es por lo que le hemos salido al paso, porque no queremos que usted le haga el juego. No estamos dispuestos a que entre los dos monten un falso tinglado.

Oiga, amigo. Lleve cuidado con lo que dice. Me jacto de ser un tipo honrado.

No le estoy amenazando. Simplemente le estoy advirtiéndolo.

Muy bien. Advertido estoy. Ahora quiero que me explique eso del dinero del seguro.

—De acuerdo —el tipo dejó caer la colilla al suelo y la aplastó con un zapato—. Frank Hailey tenía suscrito con nosotros un seguro de vida, con una cláusula especial de un cuarto de millón de dólares para el caso de muerte violenta... excepto el suicidio, por supuesto.

CAPÍTULO IV

La diosa rubia me abrió la puerta y yo le di las buenas noches de esta forma:

—Jugó sucio conmigo, hermosa.

Antes de que reaccionara, me introduje en su piso. Nos quedamos mirando muy fijamente.

Ella vestía una liviana bata de estar por casa y aunque no llevaba maquillaje estaba igual de atractiva que cuando la viera en mi oficina la otra mañana.

—¿A qué viene esto, señor Williams? —exclamó, cerrando la puerta.

—Ya me he enterado de algunas cosillas.

Esbozó una sonrisa.

—Qué bueno.

—Más bien debería decir qué malo.

Sólo fue un esbozo de sonrisa, ya lo dije antes.

—¿Por qué? —preguntó ceñuda.

—¿Me va a tener en el recibidor toda la noche? —protesté.

—Está bien. Adelante.

Ella abrió la marcha y al fin quedamos instalados en un magnífico salón. Frank. Hailey podía estar en quiebra y endeudado, pero desde luego no por ello había dejado de vivir bien. Es lo que le ocurre a muchos mortales: viven a todo tren dejando atrás una estela de acreedores. El salón olía al dios dólar.

La viuda cruzó las piernas como tan bien sabía hacerlo y yo saqué mi cajetilla de cigarrillos. Le ofrecí. Aceptó. Fumamos.

—Estoy intrigada —dijo ella, escupiendo palabras y humo por su deliciosa boquita sonrosada.

—Yo, en cambio, lo veo todo bastante claro.

—Explíquese.

—Es muy fácil: su marido se suicidó.

—¡No! ¡Imposible!

—Me temo que sí.

—Le contraté para que...

—Sé para lo que me contrató, señora Hailey. Pero en todos lados que he metido las narices no he hecho más que encontrar pruebas en contra. A ver si me entiende —sonreí—: en contra de la tesis de asesinato sustentada por usted.

Ella descabalgó una pierna y cabalgó la otra. Estaba empezando a ponerse nerviosa.

—El negocio iba mal —continué yo—, más que mal: estaba al borde de la quiebra. Bueno, aún lo sigue estando... Pronto iba a verse envuelto en un pleito con una fábrica de cosméticos europea por culpa de una patente. Y para colmo estaba endeudado por culpa del juego; debía veinte mil dólares. Aparte de todo esto, su marido era un hombre introvertido, de carácter débil, el tipo ideal del suicida que se ve abrumado por la pesada y nada agradable realidad circundante, y no sabe cómo hacerle frente. Bueno, sí lo sabe. Va y se suicida.

No le cons...

Me lo va a consentir porque es la verdad. Y por si esto fuera poco, está el informe de la policía, el cual me he tomado la molestia de leer hace media hora escasa, pasándome por el Police Department, No se encontró ningún testigo que le viera acompañado esa mañana trágica...

—Pero tampoco hubo ningún testigo que le viera suicidarse. En aquella terraza pudieron ocurrir muchas cosas, señor Williams.

—Sólo ocurrió una: su marido llegó a ella totalmente vencido y decidió poner fin a su vida.

—¿Eso significa que deja el caso?

—Eso significa que no le encuentro sentido a todo esto. Salvo que haya algo más —aventuré, callándome todavía lo que sabía.

—¿Como qué?

—¿Por qué tanto interés en querer demostrar que lo de su esposo fue un asesinato?

—Porque es lo que sospecho. Mi marido nunca se hubiera suicidado, a pesar de todo lo que usted ha nombrado antes, señor Williams.

—¿Sólo porque lo sospecha?

—¿Adónde quiere ir usted a parar?

—Deseo la verdad.

—No le entiendo.

—Se lo dije al principio: usted jugó sucio conmigo.

Ella apagó el cigarrillo en el cenicero cercano y me miró con una ceja enarcada.

—Me oculta algo —dijo con un soplo de voz.

—Usted es la que me ha ocultado algo.

—¿Qué sabe?

—Sé lo del seguro de vida —se lo solté porque vi que ella no estaba dispuesta a hablar claro.

—Vaya —comentó escuetamente. Y no pareció alterarse demasiado.

—Ésa es la razón por la que sigue insistiendo en el asesinato. Un cuarto de millón de dólares.

—El dinero nunca viene mal, lo reconozco. Y menos en este caso, que me encuentro prácticamente asfixiada.

—Pero por mucho dinero que haya en juego, usted no puede convertir un suicidio en un asesinato. ¿Es eso lo que pretende?

—No. Si fuese eso, ya hubiera tratado de organizar algo por mi cuenta, ¿no le parece?

—¿Y quién me dice que no lo ha hecho?

—Tiene mi palabra.

—Vale.

—O hubiera intentado ponerme de acuerdo con usted.

—Bien, bien...

—Y no hay nada de eso. Lo del seguro es cierto, pero también es cierto que yo sigo pensando que aquello fue un asesinato. Y por ello fui el otro día a contratarle, señor Williams.

—Y yo le digo que de asesinato, nada de nada.

—¿Qué hay de la llamada telefónica del sábado y de la cita?

—Nada.

—Ahí debe estar la clave.

—Mire, señora Hailey...

—Llámeme Melissa —sonrió—. Eso de señora Hailey me hace sentirme vieja.

—Como guste, Melissa. Yo no pongo en duda la veracidad de esa llamada, pero pudo ser una llamada sin ninguna importancia, una

llamada de las muchas que recibía o hacia su esposo al cabo del día.

—La llamada la recibió él, mi marido. Y hablaron de verse el lunes en el World Trade Center. La llamada existió y la cita también.

—Me parece estupendo —resoplé—. Pero comprenda que tal vez está cometiendo un error, dándole importancia a algo que no la tiene y no nos puede llevar a ningún lado. Usted se ha agarrado a eso y a su intuición como tablas salvadoras, cegada por ese cuarto de millón.

Ella apretó los labios con rabia. Yo pensé que iba a espetarme algo fuerte. Al final dijo:

—Bien. Todo esto quiere decir que me va a dejar plantada, ¿no?

—La verdad es que... sí.

—Ya veo.

—No le encuentro ninguna salida a este asunto. Más bien parece un caso de cabezonería que otra cosa.

—Yo pensé que sí le resultaría interesante.

—No me gusta tomar el pelo a mis clientes. Y me parece que si continúo trabajando para usted, eso es lo que haría: tomarle el pelo. Y también el dinero, claro.

—Es usted un hombre honrado.

—Soy un ser humano al que aún le restan algunas cualidades.

—Lástima. Tendré que buscar otro.

—¿Todavía va a seguir empeñada?

—Por supuesto que sí. Además, esta mañana ha surgido algo nuevo.

—¿Sí? ¿Qué?

—¿Cómo es que le interesa?

—Un detective privado es un curioso por naturaleza.

Ella sonrió.

—Dígame de qué se trata y yo sopesaré las posibilidades.

—De acuerdo. Esta mañana fui al Banco para sacar dinero. Creo que le comenté que ya apenas me quedaba, ¿recuerda?

—Algo me va por la cabeza.

—Pues cuál no fue mi sorpresa al comprobar que en la cuenta sólo teníamos quinientos treinta y dos dólares con treinta centavos.

—Están pobres, ¿eh? —«Es que eso es imposible»—. ¿Cómo?

—Estábamos mal, pero no tanto. Últimamente teníamos

alrededor de los diez mil dólares.

—¿Hizo alguna investigación?

No. Quedé muy impresionada. Saqué un par de cientos y regresé a casa.

¿Y qué piensa al respecto?

—Es lógico que la persona que sacó ese dinero tuvo que ser mi marido, pero me extraña que no me dijera nada. ¿Y por qué sacó tanto dinero: diez mil dólares? ¿Para qué?

—Hum.

—¿Sabe lo que creo?

—¿Otra de sus sospechas o intuiciones?

—Usted ríase... Pero pienso que tal vez Frank estuviera... estuviera siendo chantajeado.

—¿Un chantaje?

—Eso he dicho.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es una impresión. Eso lo tendría que averiguar usted. Y más aún: posiblemente esa misteriosa llamada fuera del chantajista.

—Todo esto es muy aventurado.

—Entonces, ¿qué cree?

—Pienso que primero debemos ir al Banco y enterarnos bien de lo de ese dinero. Tal vez lo sacara para invertirlo en algo..., en acciones, vaya usted a saber, y el mismo Banco nos pueda sacar de la duda.

—No sé, no sé. Cuando Frank no me dijo nada de ese dinero, algo debía ir mal.

—Mañana iremos al Banco —decidí firmemente.

—Oh —ella se puso en pie—. Entonces, ¿sigue en el asunto?

—Sí.

Se acercó a mí y tomó asiento en uno de los anchos brazos de la butaca.

—Gracias —depositó un cálido beso en mis labios—. Es usted muy bueno y paciente y comprensivo conmigo. Gracias por seguir ayudándome.

—No hay de qué. Usted va a pagarme. Yo nunca trabajo gratis —apagué la colilla.

—Gracias por creer en mi intuición.

—Dicen que la intuición femenina es infalible —reí no muy convencido.

Ella se unió a mi risa, y su garganta vibró con sonidos celestiales.

La vi tan seductora y tan bella que no pude reprimir mis instintos y eché a un lado los convencionalismos sociales. Le pasé un brazo por la cintura y la atraje hacia mí. Ella perdió el equilibrio, cayendo sobre mis rodillas con un «¡oh!» de sorpresa.

Nos besamos en la misma butaca sin que ella opusiera resistencia, sino todo lo contrario. Saboreando sus jugosos labios yo me dije que iría a dónde ella quisiera, y me dejé arrastrar por la vorágine, y cuando tuve algo de conciencia lúcida me di cuenta que nos encontrábamos tumbados boca arriba sobre la cama, desnudos y sudorosos, compartiendo silenciosamente un cigarrillo.

—Parece un sueño —dije, ladeando la cabeza para mirarla.

—¿Por qué?

—Bueno, ya sabes...

—Oh, sí. Hace una semana que me he quedado viuda y ahora...

—Cierto.

—Pero la vida sigue, ¿no?

—Cierto también.

—Y el instinto sexual es algo innato y fuerte, muy fuerte, sobre todo cuando se es joven todavía. Los hombres y las mujeres nos unimos principalmente por eso.

—Y por el amor.

—El amor es un egoísmo, una conveniencia, un temor a la soledad.

—Eso es demasiado fuerte, ¿no te parece?

—Para mí es la verdad.

—¿Querías a tu esposo? Bueno, no. Dime antes; ¿cómo le conociste?

—Muy sencillo: yo era mecanógrafa y trabajaba en las oficinas de la «Mann & Hailey».

—Ajá. ¿Y también llegaste a conocer a Peter Mann, el socio de tu esposo?

—Sí, ya lo creo. Era un buen hombre. Muy entendido para los negocios. Fue horrible su muerte. No olvidaré ese día, el quince de marzo de 1973, hace cuatro años y pico. Cuando me enteré me

quedé pasmada. Dicen que quedó totalmente carbonizado. Irreconocible prácticamente. Un año más tarde más o menos fue cuando Frank y yo iniciamos nuestras relaciones, y al poco tiempo nos casamos.

—¿Y le querías?

Ella apagó el cigarrillo en el cenicero de su mesita de noche y luego dio media vuelta hacia mí, quedando buena parte de su cuerpo sobre el mío.

—Le quería a mi manera, sí —me miró profundamente a los ojos—. Pero te voy a ser sincera. Le engañé muchas veces, aunque para mí no fueron engaños. Aparte de su amor, de su bondad, de sus regalos, del bienestar que me proporcionaba, y otras muchas cosas, yo necesitaba algo más. Algo que quedaba lejos de él, no sé si por su edad, aunque a veces pienso que era debido a su carácter. Yo le quería y él me quería. Mi amor hacia él le era suficiente, pero su amor hacia mí no me era suficiente. No sé si me entiendes. Yo necesitaba juventud y fogosidad, salir de su órbita, sentirme de vez en cuando de otra manera. Y eso era lo que buscaba en los otros. Igual que cuando tengo hambre busco comida, o cuando tengo frío busco un abrigo, sin que para ello tenga necesidad imperiosa de consultar con mi marido. Le seguía siendo fiel a mi manera porque continuaba junto a él, mientras que los otros eran pasajeros.

—Instrumentos —le corregí.

—Tómalo así si quieres. Lo cierto es que lo bueno siempre es pasajero.

—¿Como nosotros?

—Posiblemente. Lo bueno casi siempre se acaba porque se exprime al máximo. Al menos en mi caso. Tomas todo del otro y lo dejas. Con el que se continúa es por mero hábito, por comodidad, por compromiso social... Parece cruel lo que digo, pero en el fondo lo veo así. El ser humano es individualista y egoísta por naturaleza, lo que pasa es que sufre una serie de temores y condicionamientos que le hacen relacionarse y mostrarse social.

—Nena, creo que exageras...

—Oh, bueno, dejemos eso —me besó en los labios, me acarició—, y éntrame —susurró.

No lo hice porque en ese instante repiqueteó el teléfono. Ella saltó de la cama, ahogando una maldición, y salió del dormitorio.

Cuando regresó, lo hizo pálida y temblorosa:

—¡Grant...!

—¿Qué ocurre, linda? —me alarmé al verla.

—Era... era un hombre. Y... y me ha dicho que tengo que entregarle diez mil dólares si no quiero que sobre la memoria de mi esposo caiga un asesinato.

CAPÍTULO V

No fue difícil conseguir que nos atendiera el director del Banco. El Hailey de la «Mann & Hailey» todavía seguía siendo algo.

El «dire» era un hombre rollizo embutido en una elegante vestimenta, siempre sonriendo al cliente.

—A sus órdenes, señora Hailey —hizo una reverencia—. Por supuesto que podemos averiguar lo que usted quiere —hizo otra reverencia.

Cuando se cansó de hacer el payaso, tocó un timbre y acudió un pulcro empleado que parecía salido de una escuela dirigida por su jefe. También practicaba la reverencia como ejercicio gimnástico.

El director ladró unas órdenes y el empleado salió trotando del despacho.

Melissa y yo nos quedamos mirando al director con una sonrisa de agradecimiento.

—Lamento muy de veras lo de su esposo, señora Hailey —dijo el director para matar el tiempo—. Yo le conocía de vista. Y también tenía algunas referencias de él. Un hombre honrado a carta cabal. Muy lamentable lo ocurrido, sí, señor.

No le vino a la cabeza nada más que decir y calló. Estuvimos en silencio durante unos minutos.

Unos golpes en la puerta nos sacaron de nuestras respectivas abstracciones. Entró el empleado.

—Señor Peabody —le dijo a su jefe.

—Habla, Kantor.

—El señor Hailey, que en paz descanse, no tenía con nosotros ningún valor contratado.

—Muy bien. ¿Y de la salida del dinero?

—La última se hizo el veintisiete del pasado mes de junio. Diez

mil dólares. Aquí tiene el cheque. Está firmado por el señor Hailey y es al portador.

—El mismo día que murió —balbuceó Melissa, mirándome consternada.

Ella y yo nos acercamos al director, quien le mostró el cheque a Melissa.

—Reconoce la firma de su marido, ¿verdad?

—Sí, sí... Es la de él.

Yo intervine:

—Ahora habría que saber si ese cheque lo cobró su esposo antes de suicidarse o lo hizo alguien por él.

—Eso es prácticamente imposible, señor Williams —dijo el director—. No pensará que el cajero va a acordarse. Por delante de él pasan cientos de personas al cabo del día. Éste es uno de los Bancos más importantes de Manhattan.

—Sí, lo sé... Pero tal vez el cajero conociera al señor Hailey. Si fuera así, estoy seguro que se acordaría porque al día siguiente todos los periódicos hablaron del suicidio.

Resultó que el cajero no conocía a Frank Hailey y claro está no sabía si éste había ido a cobrar el cheque o no. Abandonamos el Banco con alguna preocupación más en la cabeza. El asunto ya no me parecía tan claro.

Nos encontrábamos en pleno centro de Manhattan y el coche de Melissa —un «Corvette»— se hallaba aparcado en un *parking* cercano.

—¿Te llevo a algún sitio? —me preguntó ella.

—No. Iré paseando. Tengo que pensar.

—Creo que la idea del chantaje es la más adecuada. No olvides la llamada de anoche. Me piden dinero para no mancillar la memoria de mi esposo. Con toda seguridad antes se lo pedirían a él para no meterle en un serio compromiso.

—Sí.

—Yo lo veo así. El chantajista le llamó el sábado y quedaron para el lunes en el World Trade Center, posiblemente en la terraza, aunque eso no lo oí es lo lógico, ya que así se explica que los pocos testigos le vieran solo. Bien, mi marido pasó antes por el Banco, le entregó el dinero en la terraza y, no sabemos por qué, el chantajista lo empujó al vacío, o bien mi marido fue a la terraza, le entregó el

cheque y, como antes, no sabemos por qué, el chantajista le empujó al vacío.

—Aunque tú has dicho no sabemos por qué, encuentro inexplicable que un chantajista mate a las primeras de cambio a su gallina de los huevos de oro.

—Tal vez discutieran y sin querer el otro le empujara y...

—Sí, es una posibilidad —acepte.

—Lo cierto es que el tipo ha dado la cara y ya no va a ser preciso que vayas a ciegas por ahí.

—Esperemos que vuelva a llamar.

—Lo prometió. Dijo que me llamaría hoy para darme las primeras instrucciones.

—Y exíglele que te diga de qué crimen puede culpar a tu esposo.

—Por supuesto que lo haré. Estoy convencida de que la llamada de anoche fue simplemente para meterme en ambiente, para mentalizarme. Debe ser un tipo astuto.

—Tal vez lo mejor fuera dar parte a la policía.

—No. Sus últimas palabras fueron que, si daba cuenta a la policía el nombre de mi marido se vería peor que el de Richard Nixon. Incluso si se enterara que tú andas por medio no sé lo que pasaría.

—¿No pensarás que voy a dejarte sola?

—Ni lo pienso, ni quiero.

—Muy bien, nena. Esperaremos las noticias de ese tipo y entonces trazaremos un plan.

Yo estaré en mi oficina. Ya te di una tarjeta mía...

—Te telefonaré en cuanto él me llame.

—Hasta luego.

Nos besamos levemente en los labios y luego cada uno se fue por su lado.

Yo no di muchos pasos solo.

Alguien se me acercó por la espalda y, sin ningún recato, en plena Madison Avenue, me clavó el cañón de una pistola en la columna vertebral. —Métete en ese coche— me escupió en la nuca su aliento.

Un «Pontiac» de tercera o cuarta mano se detuvo junto a la acera y yo me introduje en el asiento posterior, empujado por el tipo que me había asaltado. Si alguien se dio cuenta de lo que sucedía, no

dijo ni pío. Los habitantes de New York son encantadores para esto de la solidaridad... con los maleantes.

El coche arrancó hacia la Lever House y luego dobló por la East 54th Street hacia Sutton Place. Lo malo es que no llegamos hasta tan elegante sitio.

De pronto el conductor —un tipo rubio, de anchos hombros— dobló inesperadamente por un callejón y al poco frenó.

—Anda, dale el masaje —dijo sin volver la cabeza.

Todo fue muy rápido. Mi acompañante —moreno y grandote como un toro— me metió un puño en el estómago y a punto estuvo de sacármelo por la espalda. Luego remató la faena con un culatazo en la cabeza.

Yo me quedé boqueando como un retrasado mental y entonces oí otra vez la voz del conductor:

—Esto es para que sepa que debe dejar en paz a la señora Hailey, amigo. No le queremos ver a su lado, ¿entendido? ¡Dale, muchacho!

El muchacho me dio. Me dio otro culatazo y me mandó al mundo de los sueños sin pagar ningún porte. Cuando desperté, me encontré tirado como un cubo de basura en el callejón teniendo como única compañía a un perro vagabundo que no hacía más que olisquearme.

Bufé y el perro gruñó. Traté de ponerme en pie, pero me dio un fuerte mareo y me quedé sentado sobre mis cuartos traseros. No me podía quejar del asunto de Melissa Hailey. Se estaba poniendo la mar de interesante.

Dejé correr los minutos, mientras el perro me cambiaba por unas sabrosas basuras que encontró en la acera de enfrente.

Me pasé la mano por la cabeza y encontré dos huevos de paloma. No sé si a las palomas les duele poner huevos, pero a mí me dolían un horror.

Al fin logré convencerme de que yo continuaba siendo un «homo erectus» y dando bandazos salí del callejón, dejando atrás al perro, las basuras y el olor a podrido.

No tuve más remedio que tomar un taxi para poder llegar a mi oficina. Soy alérgico a ellos, pero la verdad es que me encontraba muy malito.

El taxista se comportó muy bien conmigo, pues hasta me ayudó

a bajar del coche cuando llegamos a mi destino. Le di una propina y se fue la mar de contento.

Yo entré con cara de angustia en el edificio.

—Buenos días, señor Williams —me saludó el siempre atento conserje.

Le solté un gruñido por no soltarle otra cosa. Mi humor era de perros.

Cuando entré en la oficina, después de intentar por tres veces acertar con la llave en la cerradura y no quedándome más remedio que usar el timbre, Polly, mi secretaria, exclamó:

—Oh, ¿qué le ha ocurrido, señor Williams? ¡Qué mal aspecto trae!

—El botiquín, Polly —le dije secamente.

Entonces me fijé que en la sala de espera había una persona. Era Debra Riley, la que fuera secretaria personal del difunto Frank Hailey. Ella se acercó a mí, mirándome un tanto asombrada, como si acabara de descubrir que a los detectives privados también les pegan.

—¿Cómo está, señor Williams?

Le hice una mueca. Y luego agregué:

—¿Qué le trae por aquí?

—Creo que tengo algo que puede ser interesante para su investigación, señor Williams.

Polly me curó los chichones y Debra Riley me explicó que había pedido permiso en el trabajo para venir hasta mi despacho.

—Y bien, ¿de qué se trata? —le pregunté, una vez me encontré con ganas de seguir con mi trabajo.

—He recordado algo, señor Williams.

—Sí, ya me lo dijo antes. ¿Qué es?

—Un nombre.

—¿Cuál?

—Haycox.

—¿Sólo eso?

—Sí.

—¿Cómo supo ese nombre?

—Una semana antes de morir el señor Hailey, el lunes veintiuno, un día agitado, de mucho trabajo, él me ordenó que telefonara a un número y preguntara por el señor Haycox y que cuando éste

estuviera en línea, se lo pasara. Hace una hora me vino este hecho a la cabeza. Ya prácticamente lo había olvidado.

—¿Y por qué considera que puede ser interesante?

Sólo me faltaba que ésta también me hablara de la intuición femenina. Pero dijo:

—Nunca antes o después he escuchado ese nombre en labios del señor Hailey, y eso que en los dos años que he estado a sus órdenes he oído muchos. Estoy segura que no se trata de nadie relacionado con el trabajo. Y casi me atrevería a asegurar que tampoco una amistad de él. Pienso que puede ser una pista, ¿no le parece?

Había un cierto brillo en sus bonitos ojos color turquesa y yo me dije que ella se había tomado esto como un juego divertido, y que ya se veía metida a detective privado, sumergida en emocionantes aventuras. Tenía que sacarla pronto de ese sueño infantil.

—Una pista, ¿eh? —rezongué de mala guisa, mesándome los cabellos y tropezando mis dedos con los dos impertérritos huevos de paloma—. Pero ¿quién infiernos es Haycox? ¿Sabe acaso su teléfono...?

—Lo apunté en un papel cuando me lo dictó el señor Hailey..., pero no lo he encontrado por ningún lado. Lo debí tirar.

—Buena muchacha.

—Lo que sí recuerdo es que se trataba de un número de Manhattan.

—Fabuloso. Como solo hay dos o tres en esta bendita isla...

Ella me miró compungida.

—¿Sabe acaso el nombre de pila de ese tal Haycox...?

—No. Tampoco.

—Qué bueno.

Ella agachó su cabecita.

—Anda, Polly, coge el listín.

Polly no necesitó más palabras mías para comprender lo que yo quería.

Creo que ya he dicho que es una secretaria eficiente.

Soltera, un poco chapada a la antigua, pero eficiente. Buscó el listín telefónico, lo abrió, pasó páginas, leyó y al cabo de un rato me informó:

Hay un montón largo de Haycox, señor Williams —(a pesar del tiempo que llevamos juntos, profesionalmente hablando, por

supuesto, ella continúa tratándome de usted)—. Desde Aaron Haycox hasta Zachary Haycox.

—Lo imaginaba. Pero podemos hacer una cosa. Ve leyendo despaciosamente cada número telefónico, y tal vez la señorita Riley nos dé una sorpresa de supermemoria. ¿Eh? —Las miré a las dos.

Debra Riley se amoscó por mis palabras y compuso un mohín de disgusto. Yo le dediqué una sonrisa simpática. Polly comenzó a leer números telefónicos como si estuviera enseñando a contar a niños de cuatro años.

Pasaron unos minutos de solemne aburrimiento. Polly leyó los números lo menos tres veces. La señorita Riley no hacía más que cerrar y abrir sus bonitos ojos color turquesa y forzar su memoria. Yo fumaba un cigarrillo con calma.

Al final Debra Riley dudó entre dos números muy parecidos. Uno pertenecía a un tal Fredric Haycox y el otro a un tal Spencer Haycox.

—¿Cuál es la profesión de esos personajes, Polly? —pregunté apagando el cigarrillo.

—Fredric Haycox es detective privado y Spencer Haycox arquitecto.

—Interesante —murmuré pensativo. Y luego decidí con firmeza —: Cinco a uno a que se trata de Fredric Haycox. Otro detective privado es lo que nos hace falta en este condenado asunto, para embrollarlo un poquito más. ¿Dónde tiene su oficina?

—183 Elizabeth Street. Eso es en... en el Bowery, señor Williams.

—Exacto, Polly. Muy bien. Ahora mira dónde tiene su sede la «Good-bye

Insurance». He de hacerles una visita de correspondencia.

Poco después Debra Riley y yo salíamos de mi oficina. No pude quitármela de encima. Se empeñó en llevarme en su coche y yo al final tuve que aceptar. Fuimos primero a la compañía de seguros.

Ésta tenía sus oficinas en un edificio del centro de Manhattan. Debra Riley se quedó en su coche.

Tuve suerte porque nada más entrar vi al detective que me había abordado la otra noche metido en un cubículo de cristal, charlando con un hombre maduro que se hallaba sentado ante una mesa.

Una atenta muchacha de largas trenzas me salió al paso y yo le

dije que no quería ningún seguro. También le dije que deseaba hablar con aquel señor, y señalé al detective de la compañía.

Ella le pasó recado y yo aguardé de pie hasta que terminó su conversación con el hombre maduro.

Cuando llegó junto a mí, me sonrió y me alargó la mano derecha.

—¿Qué hay, señor Williams? ¿Cómo por aquí...?

—No me gustan los matones, amigo —le dije secamente, ignorando su mano—. Y menos las palizas.

—Usted habla un idioma que no entiendo. ¿Quiere tomar asiento?

—No vale la pena. Estoy muy bien así. Sólo he venido para comunicarles una cosa: voy a continuar con el asunto de la viuda Hailey hasta el final. Caiga quien caiga.

—Oiga, no se ofusque...

—No estoy ofuscado, sino cabreado. Les juro que si lo de Frank Hailey fue un crimen, va a salir a relucir, y ustedes pagarán ese cuarto de millón.

—Escuche, señor Williams...

—Escuche usted. No me manden más gorilas. Los golpes no me frenan. Soy muy duro cuando quiero.

—Sigo sin entenderle.

—Hace usted muy bien su papel, amigo.

—Soy franco con usted.

—Mire, dos tipos me han asaltado hace unas horas, amenazándome si continúo con el asunto de la viuda Hailey, y yo no estoy para bromas.

El tipo frunció el ceño y borró su sonrisa.

—Nosotros no tenemos nada que ver con eso. No es nuestra manera de actuar.

—Supongo que es indemostrable... por el momento.

—Se lo juro.

—Bien, amigo. Ya están advertidos. Hasta la próxima.

No puedo perder más tiempo. Pero recuerden: para la próxima procuren tener todos ustedes un bonito seguro.

El tipo se encogió de hombros y yo me largué sin saber exactamente si había hecho el ridículo o no.

Abajo, en la calle, me esperaba impaciente Debra Riley. Le di

unas breves explicaciones de lo ocurrido y luego siguió haciendo de chófer mío. Nos trasladamos hasta el Bowery.

Detuvo el coche frente a un *snack*-bar y cuando bajamos del auto, se quedó mirándolo con cierto deleite.

—¿Pasa algo? —pregunté yo.

—¿Qué le parece si almorzamos primero? Estoy hambrienta...

—De acuerdo —acepté, pues yo también tenía apetito.

Pedimos unos bocadillos y unas cervezas frescas, tras esperar unos minutos para encontrar un hueco libre en la barra. Nos encaramamos a unos taburetes y ella quedó a la izquierda de un señor rechoncho y sonrosado como un cerdito y yo a la derecha de una señora que muy bien podía haber intervenido en una película de terror, y no precisamente haciendo de la frágil y temblorosa protagonista, ya me entienden.

Debra Riley y yo hablamos de cosas intrascendentes y creo que congeniamos. Al final terminamos tuteándonos y, después de abonar la cuenta, me acerqué al teléfono público, introduje unas monedas y marqué el número de mi oficina. Polly me comunicó que había llamado la señora Hailey. Telefonéé seguidamente a Melissa.

Cogió el aparato al instante. Noté en su voz una mezcla de ansiedad y temor.

—¿Quién?

—Soy yo, Grant.

—Oh, Giant, qué alegría oírte.

—¿Hay novedades, querida?

—Sí, Grant.

—Dime.

—Oh, ha sido horrible...

—Vamos, explícate. Las monedas no son eternas. Ya me darás los pequeños detalles cuando nos veamos.

Ha llamado, Grant.

¿El chantajista?

—Sí. Era él.

—¿Qué te ha dicho?

—Insiste en que debo entregarle diez mil dólares si no quiero ver manchada la memoria de mi difunto esposo Frank. Yo le dije que no los tengo. El me replicó que me daba de plazo hasta mañana. Que procurara pedir ese dinero prestado, pues aún debía

tener crédito.

—¿Y qué más?

—Añadió que mañana por la mañana me telefonaría de nuevo y me daría instrucciones para la entrega de los diez mil dólares.

—Pero ¿qué es lo que tiene contra tu marido? ¿Se lo has preguntado? —Sí, sí.

—¿Y bien?

En ese instante se tragó la última moneda el aparato y sonaron los tres pitidos cuando Melissa comenzaba a decir:

—Me aseguró que tiene pruebas contra mi esposo...

—¿Qué pruebas?

Nadie me contestó, y es que la comunicación ya se había cortado.

Fastidiado por no tener más monedas, regresé junto a Debra y le pedí unas.

Volví al aparato y de nuevo marqué el número de Melissa.

—Soy yo, Grant —dije en seguida—. ¿Qué pruebas?

—Pruebas del asesinato que cometió. Oh, es terrible... Dice... dice que Frank asesinó a su socio, Peter Mann.

CAPÍTULO VI

—¡Melissa! ¡Melissa!

Sólo escuchaba unos apagados sollozos.

—¡¡Melissa!!

—Sssí...

—Serénate, Melissa. ¡Melissa! ¡Contesta, condenación! —grité, alterado.

—Sí, Grant... Es horrible, espantoso... Frank matar a Peter Mann... Se querían como hermanos...

—Lo sé, lo sé; pero ahora escucha esto. ¿Te ha dicho en qué consisten esas pruebas?

—El vio salir a mi esposo de las oficinas aquella noche, cuando se produjo el incendio... —¿Y por qué ha tardado tanto tiempo, cuatro años, en dar la cara? ¿Se te ha ocurrido preguntarle eso?

—Me lo dijo él sin que se lo preguntara. Me dijo que había llegado su hora, después de haber permanecido cuatro años fuera del país por problemas personales... ¡Oh, tiene una voz odiosa, ese hombre!

—Bien, Melissa. Procura tranquilizarte y yo me reuniré contigo en cuanto pueda. Discutiremos el asunto. No está muy claro. Hay que tener presente que tu esposo ya está muerto y...

—No puedo consentir que se mancille la memoria de mi marido. ¡Debemos atrapar a ese hombre, a ese maldito chantajista!

—Ya hablaremos luego. Ad...

—¿Qué haces en este momento?

—Estoy tras una pista que me ha proporcionado la secretaria de tu esposo.

—¿Qué es?

—No lo sé aún exactamente. Cuando nos veamos te lo contaré todo. Adiós, querida.

Colgué.

Regresé junto a Debra. Supongo que debía tener mala cara porque ella me preguntó:

—¿Problemas?

Yo di la callada por respuesta y le hice un gesto para que saliéramos.

Lo hicimos al mismo tiempo que el cerdito. Y dio la casualidad que nos metimos en el mismo portal, subimos en el mismo ascensor, nos apeamos en la misma planta y nos detuvimos ante la misma puerta.

Yo fui a tocar el timbre y él sacó una llave. Me detuve. El me miró, mientras abría.

—¿Vienen aquí?

—Sí —respondí, leyendo el letrero que había en la puerta: «FREDRIC HAYCOX. PRIVATE EYE», para convencerme que no me había equivocado.

—Entonces, encantado de atenderles —sonrió el cerdito, abriendo la puerta y franqueándonos el paso.

Un tanto sorprendidos nos encontramos en el interior del despacho. El tomó asiento, en su sillón giratorio y nosotros ocupamos las dos butaquitas.

—¿En qué puedo servirles, señores...?

Ella es la señorita Riley, y yo soy Grant Williams, detective privado como usted.

Oh, un colega. ¿Y qué se le ofrece?

—Bueno, me he olvidado agregar que ella era la secretaria personal del señor Frank Hailey y que yo he sido contratado por la viuda Melissa Hailey. ¿Le dice algo ese apellido, señor Haycox?

—Hailey...

—Eso es.

—No sé...

—Trate de recordar.

—Pero ¿a qué viene todo esto?

—Estoy investigando acerca de la muerte de Frank Hailey. No sé si usted lo leería en los periódicos...

—¿El qué?

—Según el informe oficial, Frank Hailey se suicidó el 27 de junio de 1977 arrojándose desde la terraza del World Trade Center.

—Algo me va por la cabeza.

—Pues bien: su esposa piensa que pudo haber algo más. —
¿Como qué?

—Un asesinato.

—Ya.

—¿Qué nos puede decir de Frank Hailey?

—La verdad es que yo no sé nada.

—Mire, señor Haycox —decidí arriesgarme—. No niegue algo que es evidente.

—No le entiendo, colega.

—He traído conmigo a la señorita Riley porque ella sí le conoce a usted —le dirigí una mirada muy significativa a Debra.

—¿De qué? —Frunció el entrecejo—. Yo creo no haberla visto nunca. Un rostro como el suyo es muy difícil de olvidar.

—Ésta no es la hora de los cumplidos, señor Haycox —le sonreí lobunamente—. Lo cierto es que la señorita Riley ha recordado que un día, exactamente el lunes 21 del mes pasado, ella le telefoneó por orden de su jefe.

—No puede ser...

—¿Es así, Debra?

—Es así —corroboró ella, comportándose como una buena chica—. El lunes 21 el señor Hailey me dio su teléfono y me ordenó que comunicara con usted. Una vez estuvo el aparato, le puse con él.

—¿Lo ve? —Miré ahora a Fredric Haycox—. Es tonto que quiera seguir mintiéndonos.

Sabemos que usted mantenía una relación con Frank Hailey.
¿Cuál?

Fredric Haycox tardó en hablar. Pareció pensárselo una eternidad.

—Mire, colega, yo no tengo ganas de jaleos —dijo al fin, con voz grave.

—¿Quién habla de jaleos? —exclamé.

—Un suicidio que puede ser un asesinato es para mí ya un jaleo.

—Sólo quiero saber lo que usted sabe.

—Mire usted. Hace un año aproximadamente me vi metido ingenuamente en un feo asunto de drogas. Salí de él con la advertencia de la policía local de que, a la próxima ocasión, me quitarían la licencia. Como comprenderá no quiero que haya próxima ocasión. La licencia de investigador privado es lo único que

me da de comer. —Le comprendo muy bien. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con Frank Hailey?—. Significa que no quiero tener ningún contacto con la policía. Yo vivo muy bien con mis pequeños trabajos, y eso me basta.

—Tiene mi palabra de que lo policía no sabrá nada de usted. Además, yo no tengo nada que ver con la policía. Ya le dije antes que trabajo para la viuda Hailey.

—Eso es precisamente lo que menos me gusta de usted, colega.

—¿Cómo?

—Que trabaje para la viuda Hailey.

—¿Por qué?

Nuevamente Fredric Haycox se tomó un par de minutos de silencio antes de contestar.

—Creo que no me conviene decírselo, colega. No quiero problemas. Y usted tiene toda la pinta de los hombres que traen problemas.

—No sea cobarde, señor Haycox.

—Deseo tranquilidad y buenos alimentos. Si eso es ser cobarde, soy un cobarde —se encogió de hombros.

—Diablo, así no iremos a ninguna parte.

—Al menos voy a dónde yo quiero. A vivir tranquilo.

—No vivirá tranquilo —dije, y puse mucho énfasis en estas tres palabras.

—¿Por qué?

—Aunque yo no tengo nada que ver con la policía, tengo buenos amigos en el Police Department. Por ejemplo, conozco al teniente Tom Holmes. Si no quiere decirme lo que sabe, recurriré a él para que se lo saque del buche.

—¿Es eso una amenaza?

—¿Usted qué cree?

—Ya decía yo que usted era un mal tipo, colega.

—Es usted quien me obliga a comportarme así. Yo creo que podíamos entendernos perfectamente los dos, sin intervención policial, pero si usted se pone terco...

—Está bien, maldita sea —apretó los labios con contenida rabia.

—No se ponga nervioso. Tenga la seguridad que esto quedará entre nosotros.

Pero no pudo serenarse. Se puso en pie y dio unos cuantos pasos

por el despacho ante las miradas expectantes de Debra y yo.

—Adelante con la historia, señor Haycox.

—Bien, ese lunes que ha mencionado antes la señorita Riley fue el día que entré en contacto por primera vez con Frank Hailey.

—El lunes 21.

—Sí. Mediante esa llamada telefónica quedamos citados para unas horas después, por la tarde.

—¿Y qué quería el señor Hailey de usted?

—Que vigilara a su esposa. —Fredric Haycox se me quedó mirando muy fijamente y agregó—: ¿Va entendiendo por qué no me parece usted el tipo idóneo para conocer la historia?

—Así que es eso, ¿eh? —rezongué, preocupado.

Me dio un adelanto y yo comencé a investigar.

—¿Y...?

—Fue fácil. En esa misma semana conseguí elaborar un amplio *dossier*, con pruebas y todo.

—Me lo imagino —suspiré, acordándome de las crudas palabras de Melissa la otra noche, mientras compartíamos el lecho.

Se hizo un breve silencio en la estancia. Debra Riley estaba completamente asombrada.

—¿Y qué más ocurrió? ¿Llegó a entregarle ese informe a Frank Hailey?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El lunes 27... Bueno, antes le llamé por teléfono. Lo hice el sábado para...

—¡Un momento! ¿El sábado por la mañana le telefoneó usted?

—Sí.

—¿Y quedaron para verse el lunes?

—En efecto.

—¿En el World Trade Center?

—No... Bueno, sí.

—Oiga, aclárese. Esto es importante.

—Sucedió lo siguiente. El dijo que tenía mucho trabajo, que acudiera yo al World Trade Center, en un principio estuve de acuerdo, pero luego recordé que para ese día por la mañana esperaba una llamada de larga distancia, de un colega de Baltimore, quien me había encargado le realizara una comprobación aquí, en

New York... Bueno, pues se lo dije al señor Hailey, él se mostró comprensivo y decidió acudir a mi despacho a primera hora, el lunes.

—Entiendo.

Ya lo creo que entendía. Las piezas del rompecabezas encajaban ya algo. Melissa había escuchado parte de la conversación, aquella parte en que se citaban en el World Trade Center, pero no el resto. Era por ello que nadie había visto acompañado a Frank Hailey a su llegada al monstruoso edificio.

—¿Y qué ocurrió el lunes? —pregunté a continuación, vivamente interesado.

—Frank Hailey se presentó aquí a primera hora de la mañana, como había prometido. Yo le entregué el informe y la cuenta. El no se llevó el informe, sino que lo leyó aquí muy detenidamente. Una vez finalizó, muy pálido, me rogó que lo quemara.

—¿Hizo o dijo algo más?

—Me pagó y se marchó.

—Bien. ¿Qué decía ese informe?

—Ya se lo puede imaginar. La señora Hailey engañaba a su marido.

—Ajá.

—Lo hacía con un tipo joven, un tal Lew Foster.

—¿Quemó ese informe?

—Por supuesto que sí.

—Me hubiera gustado leerlo.

—Pero tengo la copia, que yo siempre guardo en mis archivos.

Estupendo. ¿Puedo ver esa copia?

—Puede hacerlo. Así me ahorrará palabras molestas.

Fredric Haycox se dirigió hacia uno de los archivadores metálicos que había allí y tiró de una de las gavetas. De ella extrajo una carpeta de cartulina *beige*. Me la entregó.

Yo la abrí y fui leyendo atentamente, al tiempo que Fredric Haycox decía:

—Cuando me enteré de la muerte del señor Hailey, dado que la versión oficial había sido suicidio, cosa que encontré muy lógica, y dado que yo no tenía ganas de verme envuelto en problemas, al ver que nadie hablaba de mí ni me había requerido, preferí hacer mutis. Decían los periódicos que Frank Hailey se había suicidado por lo

mal que iban sus negocios particulares, ¿para qué echar más leña desvelando que su mujer le tomaba el pelo y que una hora antes se había enterado de ello?

El continuó hablando, excusando su comportamiento, pero yo no le hacía ya el menor caso porque había encontrado algo la mar de interesante. El amante de Melissa, el tal Lew Foster, vivía en un apartamento de Greenwich Village en compañía de un amigo llamado Gene Saxon. Y el colega Fredric Haycox, hombre muy meticuloso, daba una perfecta descripción de cada uno de ellos.

¡Ambos eran los mismos tipos que me habían asaltado aquella mañana!

CAPÍTULO VII

Lew Foster y Gene Saxon vivían al principio de Perry Street, cerca de la intersección formada por la Greenwich Avenue y la Seventh Avenue South.

Había logrado convencer a Debra Riley para que volviera a su trabajo y me dejara proseguir solo con las investigaciones. Ella aceptó a regañadientes. La chica, indudablemente, le había tomado gusto al asunto. Yo, por el contrario, había comenzado a reflexionar sobre él con cierta desconfianza.

—¿Me llamarás? —preguntó con un poco de súplica en la voz cuando detuvo su coche en Perry Street.

—Lo haré por la noche ¿vale?

—No sabes mi teléfono —observó.

—Es verdad.

Eché mano de mi bloc y apunté los números que me dictó. Le sonreí.

—Hasta luego, Debra. Y gracias por la ayuda prestada. Puede que sea vital.

—Así lo espero. Adiós, Grant.

E inesperadamente me encontré con un cálido beso en los labios. Vi sus mejillas arboladas, sus ojos brillantes en los que parecía palpar un secreto deseo en el que por el momento no quise ahondar. Bajé del coche y ella arrancó.

Encendí un cigarrillo y caminé lentamente hacia el bloque de apartamentos donde vivían los dos fulanos que me interesaban. Estaba preocupado por la inesperada conexión entre el amante de Melissa (creo que antes, debido al nerviosismo producido por la sorpresa, me he olvidado decir que, según los informes de mi colega Haycox, Melissa había tenido diversos amantes en el último año, como así se lo había manifestado el encargado de un motel de Hunt's

Point, a dónde ella solía acudir con frecuencia)... decía que, estaba preocupado por la inesperada conexión entre el amante de Melissa, su actual amante, Lew Foster, y el asunto que llevaba entre manos. ¿Qué interés podían tener él y su compadre para que yo abandonara el caso?

Un viejo conserje, calvo y de vista apagada, me atendió correctamente.

—El señor Foster salió hace un rato, amigo.

—¿Y Gene Saxon?

—El señor Saxon aún debe encontrarse arriba. Yo no lo he visto salir.

—Entonces subiré.

Me facilitó la planta y la puerta, y luego me trasladé hasta la cabina del ascensor. Esperé impaciente a que bajara.

La puerta se corrió y yo no me abalancé en seguida hacia el interior porque sabía que alguien bajaba en el chisme.

De pronto, sin comerlo ni beberlo, me encontré cara a cara con uno de los tipos que yo buscaba. El moreno y grandote como un toro. Gene Saxon.

El actuó más rápidamente que yo y me largó un soberano puñetazo al rostro.

Me alcanzó la mandíbula y trastabillé hacia atrás, hasta golpear con mis espaldas la pared de azulejos. El tipo salió a escape del ascensor.

—¡Quieto! —grité.

La cosa se puso caliente.

Gene Saxon giró inesperadamente sobre sus talones, en el umbral de la puerta, y mostró una reluciente pistola en su mano derecha.

Abrió fuego contra mí.

Me arrojé al suelo, mascullando algún que otro taco, y gateé por él esquivando las balas. El viejo conserje chillaba como una rata asustada.

Gene Saxon no se entretuvo en atizarme. Me consideró lo suficientemente asustado y desapareció de mi vista. Entonces me puse en pie y eché a correr. Observé de reojo que el viejo conserje corría hacia la centralita pegando gritos y me lo imaginé llamando a la policía.

Cuando pisé la acera, lo hice ya con mi revólver calibre 38 empuñado.

Casi nunca suelo hacer uso de él, pero a esta fiesta acababa de ser invitado especialmente, con todos los honores.

Vi correr a Gene Saxon por la calle, esquivando peatones a su paso.

Fui tras él.

Los dos íbamos con las armas en la mano y la gente que nos veía se apartaba de nosotros como si fuéramos apestados.

Dobló por Bleeker Street hacia Christopher Street. Cuando yo lo hice, un saludo en forma de abejorros de plomo pasó por encima de mí. Algunos transeúntes chillaron horrorizados. Un «policeman» sopló su silbato en alguna esquina cercana.

La Bleeker Street se convirtió de súbito en un auténtico infierno, como si de una calle del violento y salvaje Far West se tratara.

El tiroteo entre los dos se acentuó. Los dos teníamos una pésima puntería. Los testigos se habían dado cuenta de ello y por eso se apartaban muy prudentemente.

Gene Saxon logró apostarse tras una boca de riego y contra ella se estrellaron varias de mis balas, arrancando esquirlas de metal. Yo había encontrado a mi vez una buena posición tras una furgoneta de reparto. Escuché el ulular de una sirena.

Eso era bueno. Si lograba mantenerlo allí hasta que apareciera la policía, sería mío.

Gene Saxon también la debió oír y tomó miedo. Se irguió y echó a correr en

zig-zag,

disparando de vez en cuando hacia atrás.

No tuve necesidad de tirarle. Un coche se encargó de frenar su loca carrera.

Al cruzar la calzada un «Buick» negro lo embistió y le hizo subir por los aires como si de un muñeco de trapo se tratara, mientras el primer auto-patrulla aparecía por la esquina de la West 10th Street.

Yo corrí hacia el caído. El que lo acababa de atropellar, un sesentón de mirada tímida y lentes de intelectual pasado de moda, aún no se había atrevido a salir de su hermoso coche.

Con gran fastidio comprobé que Gene Saxon ya nada me podría

contar porque estaba muerto. Debía haber sufrido graves y rápidas hemorragias internas. O en términos más vulgares: debía haber reventado por dentro. Total, había pagado con creces los golpes que me propinara, pero se había ido al otro barrio sin despejar mis dudas.

Uno de los patrulleros se acercó a mí, con su revólver reglamentario por delante. —Entrégueme su arma, señor— me dijo.

Lo hice.

La intervención de mi amigo Tom Holmes, teniente de la Brigada de Homicidios, adscrito a la Central del Police Department, fue decisiva para que no me calentarán mucho la cabeza sus compañeros y también para que aquella noche no la pasara en un calabozo. Con el maldito calor que hacía, debía ser horrible.

A cambio le tuve que dar toda clase de explicaciones y gracias a eso él supo tanto como yo. Por otro lado, he de hacer constar que no tuve ningún inconveniente porque confiaba plenamente en él. Además, ya sabía más o menos en qué estaba metido porque a él había sido a quien había recurrido anteriormente para leer el informe policial acerca de la muerte de Frank Hailey.

—¿Qué piensas de todo ello? —me preguntó sentado tras su mesa escritorio, mientras esperábamos la llegada de su ayudante personal.

Tom Holmes era un grandullón con cara de bestia que si sabías tratarlo comía maní en tu mano.

—Estoy hecho un lío —le respondí sinceramente—. Un accidente de hace cuatro años que puede ser un asesinato, un chantajista, un suicidio de hace una semana que puede ser otro asesinato, unos tipos que intentan frenar mis pesquisas luego uno de esos tipos resulta ser el actual amante de mi cliente...

—Ya has leído el caso Mann y habrás comprobado que no se encontró ningún indicio que hiciera pensar en un asesinato. Aquella noche Peter Mann se quedó a revisar los libros, como hacía muchas veces, según atestiguaron empleados y el mismo Hailey. Incluso en ocasiones, cuando entraban al trabajo por la mañana, se lo encontraban durmiendo sobre la mesa de su despacho. Era un forofó del trabajo, en realidad era él quien llevaba el peso del negocio. Y aquella desgraciada noche debió quedarse dormido como le había ocurrido en otras ocasiones, dejando alguna colilla sin

apagar. El fuego se propagó y cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde para salir, o tal vez perdiera el conocimiento por principio de asfixia, no lo sabemos exactamente. Lo cierto es que murió carbonizado. Y las oficinas quedaron prácticamente destruidas.

—Sí. Y también leí el caso Hailey. Tampoco nada hace sospechar que fuera un asesinato.

—Te aseguro que el teniente Forbes, que fue quien llevó el asunto, es un hombre de total confianza, que se entrega completamente al trabajo. Si él no halló nada, es que no hay nada.

—Cierto. Pero los hechos que están ocurriendo siembran la duda. No sé...

—Sí, algo raro hay en todo esto. Estoy de acuerdo contigo, muchacho. De pronto aparece un tipo diciendo que él vio salir a Frank Hailey la noche de la muerte de su socio de las oficinas de la «Mann & Hailey».

Un tipo que le chantajeaba evidentemente. Y que una vez muerto Frank Hailey, ¿lo mató él?, no contento con lo obtenido, continúa el chantaje con la viuda.

—Pero lo más extraño es que haya tardado tanto tiempo en decidirse a chantajear.

¿Por qué?

La pregunta quedó flotando en el aire, entre un silencio absoluto.

Entonces se abrió la puerta y apareció ante nosotros el pelirrojo sargento detective McPherson.

Hubo suerte, teniente —dijo tras saludarnos—. Ambos están fichados.

—Estupendo —exclamó Tom Holmes.

—Aquí tiene los prontuarios, teniente —los dejó sobre la mesa.

—Usted que ya lo habrá leído, ¿qué me puede adelantar, McPherson? —le preguntó su superior.

—Gene Saxon está fichado por robos y estafas y Lew Foster por ser un vendedor callejero de drogas.

—Sus aficiones no eran similares.

—Pero tienen una cosa en común.

—¿Qué? —intervine yo.

—Ambos estuvieron cumpliendo condena en la misma prisión.

—¡Vaya! —exclamó Tom Holmes, tan sorprendido como yo.

—Y aún hay más, teniente. Me tomé la molestia de comprobarlo telefónicamente. Gene Saxon y Lew Foster fueron compañeros de celda.

—Bien. ¿Cómo es eso?

—Verá... Los dos fueron cogidos con las manos en la masa. Gene Saxon hace siete años, en el atraco a un *drugstore*, y Lew Foster hace cuatro, vendiendo sobrecitos de heroína.

—O sea que allí debieron hacerse amigos.

—Y salieron juntos, con diferencia de un par de días, hace escasamente un mes.

—Veámoslo —dijo el teniente, tomando los prontuarios—. Puede retirarse, sargento McPherson, Ha hecho un excelente trabajo.

—Hasta luego, teniente. Adiós, señor Williams.

—Adiós, sargento.

—Toma tú éste —me entregó el informe sobre Lew Foster.

A mí ya me iban por la cabeza algunas ideas, tras haber escuchado los primeros detalles por boca del sargento McPherson. Cuatro años había estado enchironado Lew Foster y hacía un mes que había salido, justo para liarse con Melissa. Eso me parecía importante.

Y mayor importancia cobró cuando leí los detalles de su detención, que había sido realizada por un tal Bronson, detective de primera de la Narcotic Squad.

—¡Ya está, condenación! —exclamé alborozado como un niño pequeño ante el juguete de su vida.

—¿Qué ocurre? —Levantó la vista de los papeles Tom Holmes.

—Atiende a esto. Lew Foster fue detenido el quince de marzo de mil novecientos setenta y tres, a las once cincuenta de la noche, en la esquina de Murray Street y Greenwich Street, cuando vendía unos sobrecitos de heroína a una pareja de *hippies*.

¿Qué significa?

Tom Holmes no me replicó y yo continué:

—Significa que fue detenido «la misma noche» del incendio de las oficinas de «Mann & Hailey», y «muy cerca» de donde éstas se encontraban entonces, en Warren Street. «¡El tiene que ser el chantajista!».

CAPÍTULO VIII

—¿Lew Foster?

—Eso he dicho Lew Foster.

Era ya noche cerrada y había pillado a Melissa en su casa de casualidad, pues en esos momentos parecía que iba a marcharse a algún lado. Vestía elegantemente y había aprovechado el maquillaje para sacarle aún mayor partido a su natural belleza.

—Entonces. ¿Lew Foster es el chantajista? —me preguntó sin todavía acabar de creérselo.

—Me temo que sí.

—Oh, es terrible.

—Todo concuerda.

Se dejó caer apesadumbrada sobre una butaca y yo encendí un cigarrillo, después de que ella rechazara mi ofrecimiento.

—Si me hubieras hablado de él en un principio, tal vez esto se hubiese aclarado antes.

—¿Qué importancia podía tener él? Era un amante más. ¿Quién iba a imaginar...? —Sí, entiendo. Ya me hablaste la otra noche de tu forma de pensar respecto a los hombres. Se coge a un hombre, se le exprime y se le suelta.

—No hables así, por favor...

—Más o menos estoy empleando tus mismas palabras. Supongo que duele, ¿no? En esta ocasión ni escogiste tú, ni exprimiste tú —solté una breve risita, posiblemente de resquemor—. El te escogió y él te exprimió. El era el que sabía muy bien lo que quería. Dejamos correr unos segundos de silencio. Ella me miró con ojos lánguidos.

—Pero ¿es seguro?

Su linda cabecita aún no quería asimilarlo, no quería aceptar que le habían tomado el pelo.

—Lew Foster se encontraba cerca de las oficinas de la «Mann & Hailey»

la noche del incendio —repetí una vez más—. El debió ver salir a tu esposo de ellas. Luego fue detenido por vender drogas y, aunque debió enterarse de lo sucedido en las oficinas de la «Mann & Hailey», no pudo hacer nada porque fue encarcelado. Bueno, sí que pudo haber hecho algo.

—¿Qué?

—Haber confesado.

—Sí, claro.

—Con lo cual tu esposo no hubiera gozado de estos cuatro años de impunidad. Pero Lew Foster era, y es, un mal tipo y seguro que hizo números, pensando que, una vez estuviera libre, tendría un sueldo fijo a costa de tu esposo. Y he ahí la razón por la que el chantajista no dio la cara hasta cuatro años después. La cárcel era su ausencia del país por problemas personales. —Y nada más salir me buscó a mí.

—En efecto. Supongo que pensaría que estando unido a ti estaría más cerca de tu marido para vigilarle en sus movimientos. Fue también, imagino, una forma de estudiaros antes de empezar la sangría.

—Ahora me explico por qué preguntaba tanto acerca de nosotros.

—Y comenzó el chantaje con tu esposo.

Ella se llevó las manos al rostro. Yo apuré el cigarrillo y luego lo estrujé contra un cenicero de cristal tallado.

—Pero continúa habiendo un punto oscuro en este asunto —dije.

Ella alzó la vista. Vi sus bonitos ojos un tanto enrojecidos.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—¿Mató él a tu esposo o éste se suicidó?

—¡Seguro que lo mató!

—Yo no lo afirmaré tan rotundamente.

—¡El muy canalla...!

—Es estúpido matar a la gallina de los huevos de oro. ¿Por qué hacerlo?

—¡Y Frank vigilándome sin yo saberlo! —exclamó al rato moviendo la cabeza de un lado a otro.

—El hombre no era tan tonto como creías.

—En fin, todo eso ya no tiene remedio —se encogió de hombros.

—De todas formas, volviendo a lo del punto oscuro, está por medio el cheque de diez mil dólares. Aquel lunes debieron verse.

—Cierto. Posiblemente hubo otra llamada a la cual yo no di importancia, o no estaba presente. Y quedaron citados en la terraza del World Trade Center, discutieron no sabemos por qué y Lew Foster lo empujó al vacío.

—Eso pudo haber sido, sí —di un par de pasos por delante de ella—. Pero también pudiera ser que se suicidara.

Ella puso mala cara.

—Tu esposo era un hombre terriblemente abrumado por la realidad circundante —seguí diciendo, sin que a ella le hiciera mucha gracia—. Futura quiebra, posible pleito, deuda de juego, adulterio de su mujer y como postre el chantaje, el retorno a su mente del crimen cometido hace cuatro años en la persona de su socio. Demasiado para un tipo como él. Y no le quedó más remedio que poner fin a su vida.

—¡No! —exclamó ella.

—O tal vez me he expresado mal.

—¿Adónde vas a parar?

—Tal vez fueras tú la culpable de que se suicidara.

—¿Qué estás diciendo?

—Sí. Si no, ¿por qué pagó el chantaje? Más económico le hubiera resultado suicidarse antes de pagar. ¿Por qué pagar y luego suicidarse?

—¿Quie... quieres decir que al saber lo mío entonces decidió poner fin a su vida?

—Exacto.

—Eres cruel conmigo, Grant —sus labios temblaron visiblemente.

—Sólo quiero hacerte ver cómo debieron ser las cosas. Todos tenemos muchas lecciones que aprender.

—Pero yo, hasta que no conozca la versión de Lew Foster, no admitiré nada. Por lo pronto, sigo sospechando que fue un asesinato.

—Está bien. El teniente Tom Holmes, amigo mío, ya se ha encargado de radiar una orden de captura, su vivienda está vigilada ininterrumpidamente, no creo que tarde en caer. Entonces sabremos exactamente qué es lo que ocurrió.

—¿La... la policía lo sabe todo?

—¿A qué te refieres?

—A lo del chantaje, lo de mi... en fin, todo eso.

—Por supuesto. A cambio de eso conseguí una información que me dio la clave del asunto.

—Oh, es horrible. Ahora sabrán todo. Que ese maldito Lew Foster asegura que mi maridó mató a Peter Mann y... y que él era mi amante.

—No quedó otro remedio, nena. Gene Saxon, el compañero de Lew Foster, murió atropellado mientras nos tiroteábamos por la calle. Me vi envuelto en problemas y no tuve más remedio que dar explicaciones. Además, no te preocupes. El teniente Tom Holmes es de entera confianza. El asunto no trascenderá.

—Eso espero.

—Así será.

Ella se puso en pie y se acercó a mí. Su delicioso perfume llegó perfectamente hasta mis fosas nasales. Sus húmedos labios eran toda una tentación, como fruta fresca en día caluroso. Los movió para decir:

—Yo sé dónde está Lew Foster.

—¿Cómo es eso?

—Me telefoneó un poco antes de llegar tú. Me dijo que me esperaba en el lugar de siempre para pasar la noche juntos.

—Y tú aceptaste. E ibas a irte cuando ya aparecí.

—Sí.

—Por eso te arreglaste tanto. Ibas al encuentro de tu amante del mes.

Puse mucho sarcasmo en estas palabras. Ella lo acusó con una mueca.

—Yo no sabía aún lo que él era en realidad...

—Bien. ¿Dónde está?

—En un motel de

Hunt's

Point.

—Eso está en el Bronx, ¿no?

—Sí.

—Entonces será mejor que avise a Tom y...

—No, espera.

—¿Qué?

—Iremos nosotros.

—¿Por qué?

—Yendo solos los dos será fácil atraparle. Yo llamaré a la cabaña y él me abrirá confiado. Entonces entrarás tú. Es lo mejor.

—No sé...

—Me dio la impresión de que desconoce lo ocurrido a su compañero.

—Así debe ser cuando todavía continúa aquí y piensa en pasar una divertida noche. —¿Lo hacemos a mi manera?

Me besó y acepté.

Poco después, en el «Corvette» de ella, nos trasladamos hacia Hunt's Point en el Bronx.

Salimos a la First Avenue y por ella cruzamos todo Manhattan hasta Harlem.

—Hay algo que no acabo de entender —dije, mientras ella conducía a la altura del edificio de la ONU.

—¿Qué?

—¿Por qué mató tu esposo a su socio?

—Oh, ya. Supongo que para quedarse con todo.

Gracias al Willis Avenue Bridge salvamos el Harlem River y pasamos al Bronx. Continuamos por la Willis Avenue y luego doblamos a la derecha por la East 149th Street.

—Sí, es lo lógico —cabeceé al rato tras permanecer pensativo—. Pero no me acaba de convencer.

Cuando finalizó la East 149th Street tomamos el Southern Boulevard hasta su cruce con la East 163rd Street y la Hunt's

Point Avenue. Bajamos por esta avenida.

—¿Por qué? —me preguntó ella, deteniéndose en un semáforo.

—Porque al asesinar a su socio, asesinaba a la vez el negocio. Peter Mann, por lo que he sabido, era el cerebro. Desde entonces, el negocio ha ido de mal en peor.

—En fin, eso nunca lo sabremos —dijo, y arrancó al ponerse la luz verde.

Más tarde nos desviamos a la derecha para encontrar la Manida Street, en cuyo final se hallaba el motel de marras, mirando al East

River y a las diversas islas que hay entre esta orilla del Bronx y la de Queens: la North Brother Island, la South Brother Island y la Riker's Island, la más grande, que se interponía ocultando parcialmente el La Guardia Airport.

Dejamos el coche en el *parking* y Melissa echó a andar delante de mí hacia la cabaña que ya sabía de antemano. Era evidente, al menos para mí, que estaba nerviosa.

Yo me pegué a la pared y ella llamó con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó al fin una voz.

—Soy yo, Melissa.

La puerta se abrió al momento y yo me dije que aquel tipo era más inocente que un palomo. Entró Melissa, y a continuación yo.

Lew Foster palideció.

—¿Qué es esto? —exclamó, y fue a echar mano de su pistola.

—¡Quieto! —le conminé con mi revólver empuñado.

—Ey, un momento...

—Al fin te hemos atrapado, chantajista. No tienes escape. Tu compañero Saxon está muerto.

—¿Muerto? —habló con un gallo de voz.

—Murió atropellado mientras intercambiábamos unos disparos.

—Ya entiendo, hermano. Y ahora me va a matar.

—No, si te estás quieto.

—¿De verdad?

—Melissa, creo que ya puedes ir a avisar a la policía. Pregunta por el teniente Tom Holmes. Esto ha sido más fácil de lo que pensaba.

—¿Me toma por tonto? —rió nerviosamente Lew Foster—. ¿Avisar a la policía? No tienen más remedio que matarme. Si no me matan, hablaré. Lo haré largo y tendido. ¿Qué te parece, Melissa querida?

—Eso ya no le importa a ella.

—¿Ah, no?

—La policía ya conoce la historia.

—Entonces, ¿cómo está ella aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no entiendo, si realmente la policía sabe la verdad, cómo una asesina anda suelta.

Respingué como si me hubiera mordido una serpiente venenosa y antes de girarme me llegó la voz de ella.

—Suelta tu revólver, cariño... si no quieres morir ya.

CAPÍTULO IX

Dejó caer el revólver como si pesara cien kilos y di media vuelta muy lentamente, aún no saliendo de mi sorpresa.

Ella empuñaba una pistolita de pequeño calibre —posiblemente una «Lilliput»— que a aquella corta distancia podía resultar fatal. Además, se había enguantado las manos.

—Atrás —siguió ordenando—. Colócate junto a él.

Lo hice. Lew Foster continuaba igual de pálido y, la miraba tan o más preocupado que yo.

—El juego ha terminado —sentenció ella.

—No sé a qué viene todo esto —dije, aunque algunas ideas, y no muy buenas, me danzaban por la cabeza, sin yo quererlas admitir.

—Me temo que usted no ha sido más que un instrumento en sus manos —dijo Lew Foster.

—Instrumento —rezongué cíe mal humor—. Cada día me gusta menos esa palabreja.

—Si nos hubiera hecho caso a Gene y a mí, ahora no se vería de esta forma. Pero usted siguió adelante, tozudamente, y mire lo que ha conseguido, maldito. Hundirme y hundirse.

Yo no repliqué.

—Vamos, Lew, tu pistola —exigió ella—. Sácala con dos dedos y lánzala hacia mí. ¡Y sin tonterías!

Lew Foster obedeció refunfuñando.

—Pero ¿por qué este cambio de papeles, Melissa? —pregunté yo.

—Es muy sencillo, querido.

—Pues no lo entiendo.

—Creí que ya lo habrías imaginado. La persona chantajeada por Lew no era mi esposo, sino yo.

—¿Cómo?

—Ella fue la persona que yo vi salir la noche del incendio de las oficinas de la «Mann & Hailey» —dijo Lew Foster—. Y entonces

esperé una oportunidad para sacarle partido a la cosa. Me enteré de lo sucedido mientras esperaba mi juicio, ya que me traían los periódicos a la celda.

—¿No mataste tú a Frank Hailey? —le pregunté al chantajista.

—Por supuesto que no. Yo no tenía nada que ver con ese tipo.

—Nadie lo mató —terció ella—. Realmente se suicidó cómo pensaba todo el mundo. Frank era un pobre diablo y como tú muy bien pensaste, Grant, no debió aguantar tantas cosas en contra.

—¿Y por qué contratarme?

—Necesitaba un pichón.

—Un idiota —corregí.

—Lew seguía con el chantaje a pesar de los diez mil dólares que le di el día del suicidio de Frank, aunque yo no sabía que se trataba de Lew. Supongo que el que siempre hablaba por teléfono era su compañero, ¿no?

Lew asintió.

—Entonces —dije—, ¿tú falsificaste el cheque?

—Exacto. Imité la firma de mi esposo, me puse una peluca morena y unas gafas de sol, y me presenté en el Banco a por el dinero. Fue fácil.

—¿Y si tu esposo no llega a suicidarse?

—Yo no había contado con el suicidio de Frank, por supuesto.

—¿Entonces?

—Precisamente la moda de hoy día son los falsificadores de cheques. Hay auténticas bandas dedicadas a ello. Todas las semanas salen en los periódicos. Hubiera sido un caso más. Pero es justo reconocer que Frank fue muy oportuno. Y por otro lado se evitó otro duro golpe más.

—Pero Lew Foster continuó con el chantaje.

—Sí, ya te lo he dicho antes. Yo no tenía más dinero en metálico, se lo hice saber, pero él me replicó que sabía que me había quedado viuda por los periódicos y que ahora era todo mío. Que vendiera el negocio, o la casa, o el coche. El quería quince mil más, para llegar a los veinticinco mil, que era una buena cifra según él. ¿Es así, Lew, cariño?

El chantajista asintió.

—En seguida llegué a la conclusión de que debía poner freno. Aquello podía convertirse en un chorro sin fin. Durante el fin de

semana medité todo el plan. Buscaría un detective privado y con la excusa de mis sospechas de asesinato lo iría encarrilando poco a poco en el asunto del chantaje, el cual, por supuesto, lo pasé a la persona de mi difunto esposo. Mostré un gran interés porque demostraras que el suicidio era un asesinato y estaba convencida que te enterarías por algún conducto de lo del seguro, lo cual me acercaría más a la imagen de viuda ambiciosa que yo quería darte. Y así, conforme fuera apareciendo el caso de chantaje, no tendrías ninguna sospecha de mí. Te hablé de la llamada telefónica del sábado, ya que la policía no había encontrado una explicación satisfactoria a ella, pero todo eso no tenía un gran interés para mí...

—Ya voy comprendiendo. Lo importante era lo otro. Esas noticias que fuiste dándome con cuentagotas. Primero lo del cheque...

—Oh, sí. Me vino muy bien eso. Cuando estudié el plan pensé muy detenidamente cómo debía ir colocando las piezas.

—Luego lo de la llamada telefónica por la noche.

—Fue una llamada de Lew pidiéndome una cita para esa noche.

—Cuando me dijiste no —intervino de nuevo Lew Foster—, quedé muy extrañado. Tú siempre mostrabas muchas ansias por reunirte conmigo. Así que me presenté en tu casa.

—¿Cómo? —se interesó ella.

—Durante los primeros días conseguí hacerme un molde de la llave de tu casa. Entré sin que os dierais cuenta, estabais tan acaramelados, y escuché algunas cosas interesantes. Así supe que él era un detective privado que tú habías contratado. Y por eso a la mañana siguiente, en compañía de Gene, le salí al paso para frenarle los pies.

—Ya —suspiró ella—. Bien. Yo transformé esa llamada en lo que me convenía, adelantando los acontecimientos en un día, ya que ésa iba a ser la pieza del día siguiente.

—Y lo hiciste pasar ante mí por el chantajista sin saber que en realidad lo era —reí sin ganas—. Y luego la otra llamada.

—Sí. El plan consistía en irte interesando poco a poco en el chantaje y me ayudaras a cazar al chantajista en la siguiente entrega, cuyo plazo expiraba este próximo sábado. Y en ese final tú ibas a tener una parte tan importante como él.

—Pero no ha salido todo como tú querías.

—Has resultado ser un buen detective privado y has dado con el chantajista por tu cuenta, teniendo más importancia de lo que yo esperaba esa maldita llamada del sábado. Pero el fin es el mismo. Los tres estamos reunidos como yo había pensado en un principio.

—Fui un estúpido al dejarme convencer para venir solos aquí.

—Mala suerte, Grant.

—Y tú has sido muy lista, Melissa.

—Bien. Acabemos ya.

—Aún falta algo.

—¿Qué?

—Saber por qué mataste a Peter Mann.

—¿Quieres alargar la charla para ver si tengo un descuido? —sonrió.

—No deseo irme al otro barrio sin tener el cuadro completo.

—Pues te vas a fastidiar —dijo, agachándose sin dejar de vigilarnos—. No se puede saber todo en esta vida. Y yo no quiero perder más tiempo.

Dejó el bolso en el suelo, junto a la automática de Lew Foster y mi revólver. Guardó su pistolita y empuñó nuestras armas sin apenas darnos tiempo siquiera a parpadear.

Además de lista, era condenadamente hábil.

—¿Qué vas a hacer exactamente? —inquirí.

—El final es muy sencillo, queridos: Lew Foster se resistió y te pegó un tiro, Grant. Pero antes tú tuviste tiempo de darle a él su merecido. Yo chillaré como una loca, tiraré las armas y guardaré los guantes. ¿Conformes? Cuando lleguen los primeros curiosos y la policía encontrarán una bonita escena.

—No nos puedes matar, Melissa —balbuceó Lew Foster, casi temblando.

—Tú vas a ser el primero, cariño, por haberme engañado tan bien.

—¡No, Melissa, no! —chilló aterrado, y creo que el propio terror le hizo lanzarse desesperadamente sobre ella.

Sonó un disparo, y a pesar de esto Lew Foster logró agarrar con sus potentes brazos a Melissa. Forcejearon atrocemente mientras yo me apoderaba del bolso de ella para hacerme cargo de su pistolita, y al momento sonó un nuevo disparo. Ante mis espantados ojos los dos se derrumbaron lentamente.

Me agaché junto a ellos.

Por Lew Foster ya nada se podía hacer. La bala le había alcanzado un pulmón y el último esfuerzo le había costado la vida.

A Melissa aún le quedaba un poco de aliento. Me miró con cierta angustia reflejada en su rostro y ojos algo extraviados, mientras con una mano se apretaba el estómago sangrante.

—Lo consiguió... el muy bastardo... —tartajeó.

—¿Por qué mataste a Peter Mann? —le pregunté, acariciándole una mejilla.

—El era mi amante... Nos veíamos allí... en las oficinas... por las noches... cuando la gente pensaba que... que se quedaba a trabajar... —hizo una pausa—. Pronto descubrí por qué... mantenía en secreto lo nuestro... Se avergonzaba de mí... una pobre mecanógrafa, era sólo un objeto deseable... del que se obtenía placer... sólo eso... Pero yo estaba locamente enamorada de él... le quería... y soportaba todo... Hasta que un día dijo que... que todo había terminado, que me olvidara de él. Me había exprimido y me abandonaba... ¿lo entiendes?... No supe hacer frente a esa humillación... y decidí matarle... Era un cerdo... Tenía un cerebro privilegiado, pero también podrido... Fue una noche que... que realmente se quedó a... a trabajar —otra pausa. Cada vez le costaba más hablar—: Lo narcoticé... Y le pegué fuego a... a las oficinas... Procuré que él... que él fuera el que más... más ardiera... para que lo encontraran com... completamente carbonizado... Sí, lo hice... lo hice muy bien... Nadie sospechó... Pero tuve la desg... desgracia de que me... viera ese... ese...

No llegó a decir más. Expiró en mis brazos.

Por unos instantes me quedé contemplándola obsesionado. Al final no lo pude soportar más y le cerré piadosamente los ojos, murmurando muy quedo:

—Lo siento, muñeca.

Luego me puse en pie. Noté un regusto amargo en la boca y a mi mente acudieron mil recuerdos atormentadores. Todavía le eché una última mirada, con nostalgia, y yo mismo tuve que cerrar los ojos, maldiciendo a la vez a las pasiones humanas y a la muerte. Le di la espalda, me dirigí al teléfono y descolgué el auricular. Mientras marcaba, pensé que tenía que comenzar a olvidar o me volvería loco. Me acordé de la rubia Debra Riley, quien estaría

esperando que la informara cómo había ido el asunto. Tal vez con ella...

—¿Policía?

No reconocí mi voz.

Pasé prácticamente toda la mañana metido en la cama. Parte de la noche había sido ajetreada por los interrogatorios policiales y el resto un continuo desvelamiento, dando botes de un lado a otro del lecho. Al final, con el amanecer, logré conciliar algo el sueño.

Ya duchado y almorzado, a primeras horas de la tarde, me acordé de Debra. Telefoneé al trabajo.

—Anoche me quedé esperando tu llamada —me recriminó en seguida.

—Han sucedido muchas cosas. ¿Quieres que pase a recogerte a la salida del trabajo?

—¡Sí, Grant!

Su apasionada afirmación fue una primicia de lo que vendría después. Y así supe del secreto que escondían aquellos bellos ojos.

Valía la pena, palabra.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

